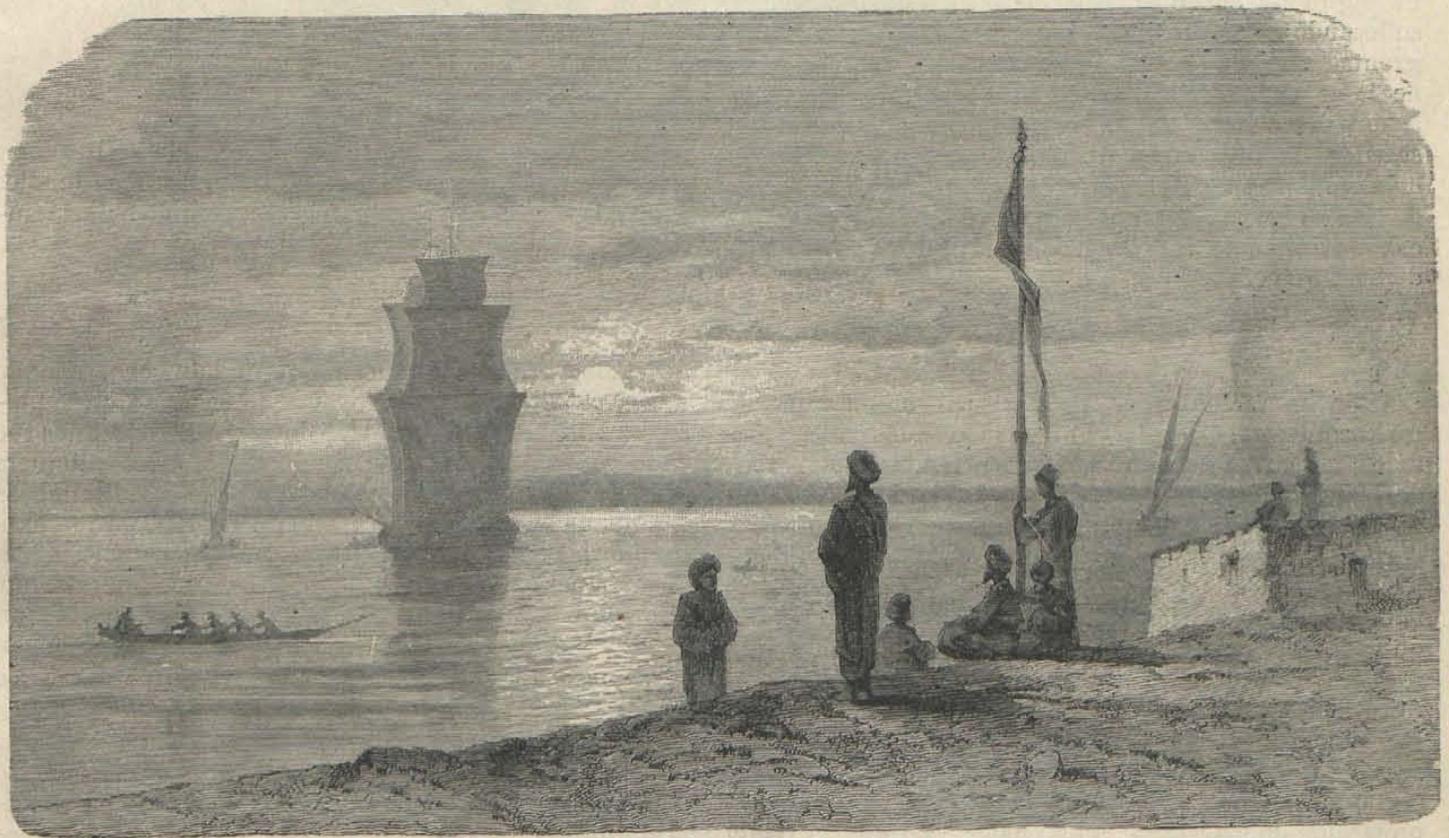




HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.



EGIPTO. — Noche á orillas del Mar Rojo.

(Véase la página 110).

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

TÁNGER.

(CONTINUACION).

IMPRESIONES: Un monstruo. — Los moros del Riff. — Una boda. — Rogativas para la lluvia. — Tánger desde la alcazaba. — La moneda marroquí. — El paseo público. — El laberinto de Tánger. — Monotonía de la vida.

Existe en Tánger un monstruo, una de esas criaturas sobre las cuales no es posible fijar la mirada, sin que se suscite el sobresalto de la duda hasta en el ánimo del más creyente. Dicen que pertenece al sexo bello; pero la verdad es que no parece ni mujer ni hombre. Una cabeza de orangutan, mulata, con el pelo corto é hirsuto: un esqueleto con la piel cubierta de andrajos negros, casi siempre tendida en medio de la plazuela con la rigidez de un cadáver, ó sentada en un rincón: inmóvil y muda como una imbécil, cuando no la acosan los muchachos, contra los cuales se revuelve aullando ó gimiendo. Lo mismo puede tener quince años que treinta: su monstruosidad impide adivinarlo. No tiene padres ni parientes, ni casa, ni hogar; se ignoran su nombre y el país de donde procede. Pasa las noches acurrucada en las calles, en medio de la basura y de los perros. La mayor parte del día está dormida: cuando tiene que comer se rie; si la acosa el hambre llora: cuando los días son claros, es un montón de polvo; cuando llueve, un hacinamiento de barro. Una noche, pasando cerca de ella uno de los nuestros, púsole en la mano una moneda de plata envuelta en un pedazo de papel, para que al otro día tuviera una agradable sorpresa. La mañana siguiente encontramosla en medio de la plazuela, sollozando amargamente, enseñando una mano ensangrentada: alguno la había arañado á fin de apoderarse de la moneda. Tres días después la ví montada en un asno y desecha en llanto, sostenida por dos soldados y seguida de una turba de chiquillos que marchaban dejando oír una gritería infernal. Se me dijo que la conducían al hospital, pero ayer la ví de nuevo dormida cabe la osamenta descarnada de un perro, que fué más dichoso que ella.

..

Al fin he sabido quiénes son esos hombres rojos, de rostro siniestro, que, al pasar á mi lado en las calles apartadas, me miran de una manera particular, que parece decir que ha cruzado por su mente la tentación de cometer un homicidio. Son aquellos temibles rifeños de raza berberisca, sin más ley que su espingarda, que no reconocen autoridad de caid ni de juez; piratas audaces, bandidos sanguinarios, en estado constante de rebeldía, que pueblan los montes de la costa desde Tetuan á la frontera argelina; que no han logrado hacer entrar en razón ni los cañones de los buques europeos, ni el ejército del Sultan; en suma, los habitantes de aquel Riff famoso dentro del cual no puede penetrar extranjero alguno, como no sea bajo la égida de los santones ó la protección de los jeques, á los cuales vá unido el relato de innumerables leyendas espantosas, y de quienes los pueblos limítrofes hablan vagamente, cual si se tratara de un país lejano é inaccesible. En Tánger se ven algunos. Son altos y robustos; la mayor parte viste, capa oscura adornada de borlitas de varios colores; alguno

con el rostro lleno de arabescos amarillos; armados todos con fusiles extremadamente largos, cuya funda roja llevan ceñida á la frente á guisa de turbante; y marchan en grupos, hablando en voz baja, con la cabeza incli-



nada y ojo avizor, como cuadrillas de salteadores que siguen la pista de su víctima. Comparados con ellos los árabes más salvajes parecenme amigos de la infancia.

..

Estábamos comiendo entrada ya la noche, cuando hemos oído algunos escopetazos que sonaban en la plazuela. Echámonos á la calle, y bien que de lejos, nos fué dado contemplar un espectáculo curioso. La callejuela que desemboca en la puerta del Zoco de Barra, hallábase iluminada en una gran extensión por medio de intensas luminarias que se distinguían perfectamente por encima de la muchedumbre, brillando alrededor de un objeto semejante á una caja, colocado sobre la grupa de un caballo. Esta enigmática procesion marchaba lentamente al compás de una música melancólica, de un canturreo arrastrado y nasal, de disparos de arma de fuego, de gritos estridentes y de ladridos de perros. Habiéndome quedado solo en medio de la plaza, permanecí durante algunos minutos haciendo calendarios respecto al significado de aquel aparato lúgubre, y devanándome los sesos acerca de lo que encerraba aquella caja, que así podía ser un reo condenado á muerte, como un cadáver, un monstruo, ó un animal destinado al sacrificio. En semejanza incertidumbre, sentíme acometido por una especie de temor, que me hizo volver la espalda y dirigirme á casa

llo de tristes pensamientos. No había trascurrido un minuto cuando se me reunieron los amigos y me dieron la explicación del enigma. Dentro de la caja iba encerrada una desposada, una novia, y la gente que la rodeaba eran los parientes que la conducían á la casa del marido.

Ha pasado por la plazuela una turba de árabes, hombres y mujeres, precedida de seis ancianos portadores de sendas banderas de diverso color, y todos al par salmodiaban una plegaria, con acento melancólico y aspecto triste, que me ha impresionado profundamente. He preguntado, y se me ha dicho que reclamaban de Alá el beneficio de la lluvia. Seguí sus pasos y ví que penetraban en la mezquita principal. Ignorando que aquí se halla terminantemente prohibido á los cristianos penetrar en una mezquita, al encontrarme junto á la puerta he hecho ademán de entrar. Un árabe anciano me ha atajado el paso, y balbuceando con aire asustado, no sé qué palabras que he traducido por—¡Qué haces, infeliz! —me ha empujado hácia atrás con un ademán semejante

al que se emplearía para apartar á un niño de un precipicio. En consecuencia he debido contentarme con contemplar desde la calle las blancas arcadas del patinejo, no pesándome gran cosa, habiendo visitado la gigantesca mezquita de

Constantinopla, de que se me haya impedido la entrada en la de Tánger, desprovista completamente de todo carácter monumental, excepción hecha de los minaretes. Pero aun éstos, —robustas torres de planta cuadrada ó exagonal, revestidas de mosaicos de diferentes colores y terminadas por una torrecilla de techo piramidal,—nada valen comparados con los blancos y ligerísimos, que como delgadísimas antenas de marfil, se lanzan al espacio desde las elevadas cimas de las colinas de Estambul. Miétras permanecía en la calle contemplando el patiecillo, una mujer, desde la parte posterior de la fuente de las abluciones, me hizo una seña con la mano. Podría dejar creer que me envió un beso; pero he de confesar que me amenazó con el puño.

He subido á la alcazaba ó castillo levantado sobre una altura que domina á Tánger. Es un grupo de pequeños edificios rodeados de vetustos murallones, en los cuales se hallan establecidos la autoridad, la guarnición y los prisioneros, ó encarcelados. Sólo he visto dos centinelas que dormitaban, sentados ante una puerta situada en el fondo de una plazuela desierta, y algunos mendigos tumbados bajo los rayos de un sol abrasador, y medio comi-

dos de moscas. Desde aquella eminencia se abarca con la mirada toda la ciudad de Tánger, que se extiende á los piés de la muralla de la alcazaba, y trepa sobre otra colina. Involuntariamente se aparta la vista de aquella inmensa y deslumbrante blancura, sólo interrumpida aquí y allá por las manchas verdes de alguna higuera aprisionada entre las paredes. Distingúense las azoteas de todas las casas, los minaretes de todas las mezquitas, los pabellones de los consulados, las almenas de la muralla, la plaza solitaria, la bahía desierta, los montes de la costa, un espectáculo inmenso, silencioso y espléndido, que bastaría á mitigar la más honda nostalgia. De mi muda contemplación vino á sacarme una voz aguda y trémula, que con entonación extraña, partía de lugar elevado. Volvíme hácia donde sonaba, y sólo al cabo de un rato de buscar, logré descubrir en la parte más alta del minarete de una mezquita de la alcazaba, una pequeña mancha negra. Era el muezin, que dando á los cuatro vientos los nombres de Alá y Mahoma, llamaba á los fieles á la oración. Despues volvió á reinar el profundo y melancólico silencio propio del medio día.



La playa, cerca del cabo Malabat.

El cambio de moneda en este país constituye una verdadera calamidad. He dado un franco al expendedor de tabaco para que me devolviera diez sueldos, y este moro feroz ha abierto una cajita de la cual ha empezado á sacar puñados

de monedillas negras, roñosas y deformadas, que ha ido amontonando sobre el banco, hasta tanto que han formado una cantidad bastante á constituir la carga de un faquin: ha contado con gran rapidez y esperado tranquilamente, dándome tiempo para que las embolsara.—«Dispensad,—le he dicho, procurando coger mi moneda de plata—carezco de la robustez indispensable para comprar en vuestra tienda.»—Creí arreglarlo tomando más cigarros; pero aun así sobró lo suficiente para llenar mi bolsillo, de aquella menudencia monetaria, con la cual me hice explicar lo que era. Es una moneda de bronce llamada *flu*, cuya unidad no llega al valor de un céntimo, y aun así vá descendiendo diariamente, porque Marruecos se halla verdaderamente inundado de ella, no teniendo por qué decir que la causa de su profusión proviene principalmente de que el gobierno sólo admite en los cobros oro y plata, al paso que en los pagos da únicamente la moneda que nos ocupa. Sin embargo, como no hay cosa mala que no tenga, si bien se mira, su lado bueno, estos *flu*, este azote del comercio, tienen para los marroquíes la inapreciable virtud de librarles de no sé cuantos males y en especial de ser víctimas de mal de ojo, gracias al llamado anillo de Salomón, que llevan grabados en una de sus caras: una estrella de seis puntas, mal dispuesta y peor trazada, imagen auténtica y fidelísima del verdadero anillo guardado en el sepulcro del gran

rey, que con él en la mano, regia los buenos y malos espíritus.

No existe más que un sitio donde se pueda pasear y este es la parte de playa comprendida entre la ciudad y el cabo

Malabat: una playa llana, sembrada de conchas y vegetales arrojados por las aguas, y cubierta en distintos puntos de extensas charcas difíciles de vadear durante la alta marea. Estos son como si dijéramos los Campos Elíseos, ó la Cascine (1) de Tánger. La hora del paseo es la de la caída de la tarde. En ella puede verse una cincuentena de europeos que pasean en parejas ó en grupos, á algunos centenares de pasos los unos de los otros, de manera que desde la muralla de la ciudad, se les reconoce perfectamente á la distancia de una milla. Distinguese en primer lugar una señora inglesa á caballo, acompañada de un guía; un poco más léjos, dos moros campesinos; despues de los moros, el cónsul de España con su esposa; despues un santón; despues una camarera francesa con dos niños; despues un grupo de campesinas árabes que cruza una charca enseñando las rodillas y tapándose la cara; y más léjos y á intervalos

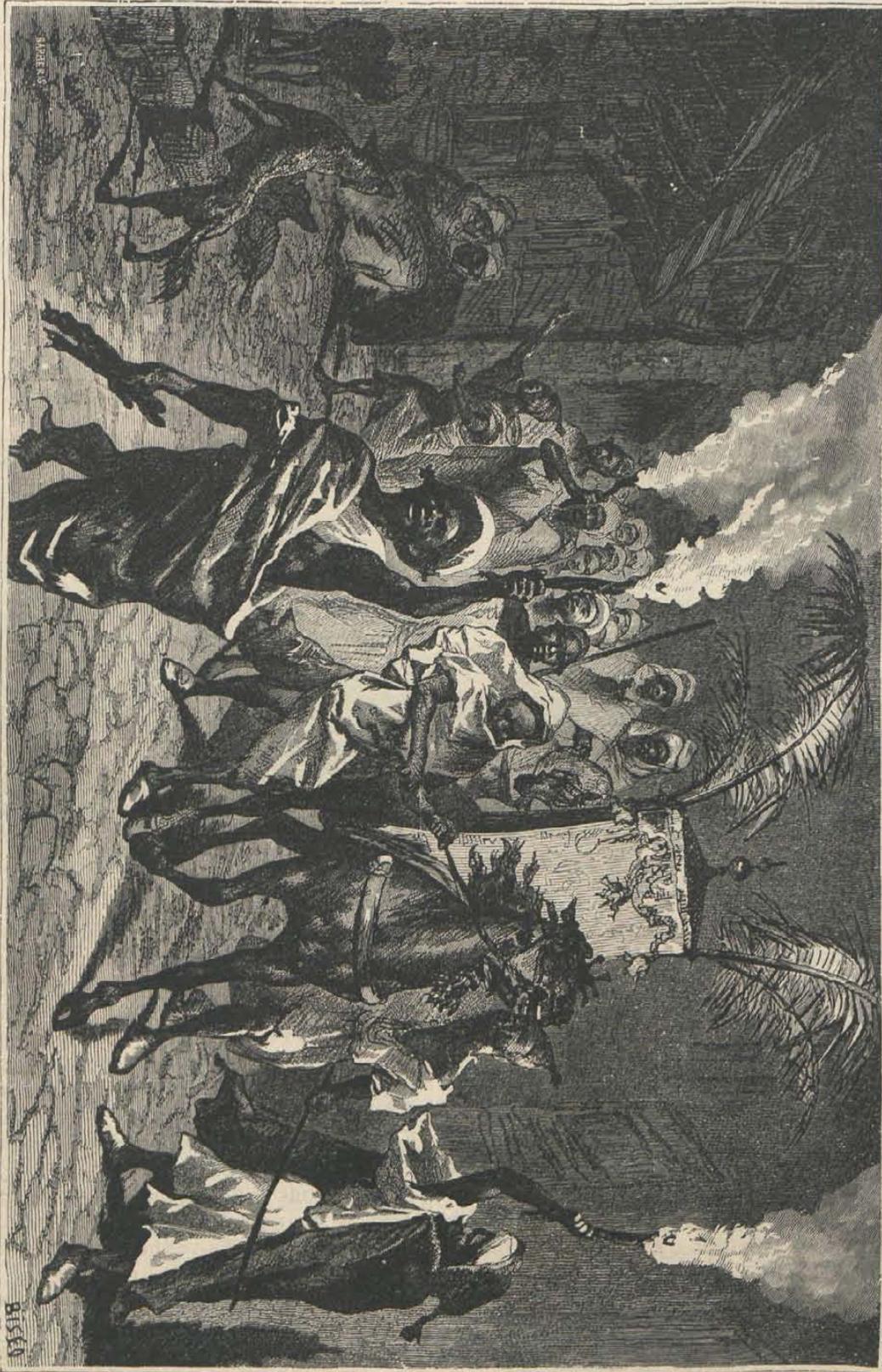
(1) Nombre del paseo principal de Florencia. Como si dijéramos *Querseria*.

una chistera, un capuchon blanco, unas trenzas, y últimamente uno que debe ser el secretario de la legacion de Portugal, á juzgar por el pantalon color de perla que recibió ayer de Gibraltar: porque debe saberse que en esta reducida colonia, todo el mundo está enterado de cuanto pasa á los demás. Si no fuese irreverente la comparacion, diria que se me antoja un paseo de con-

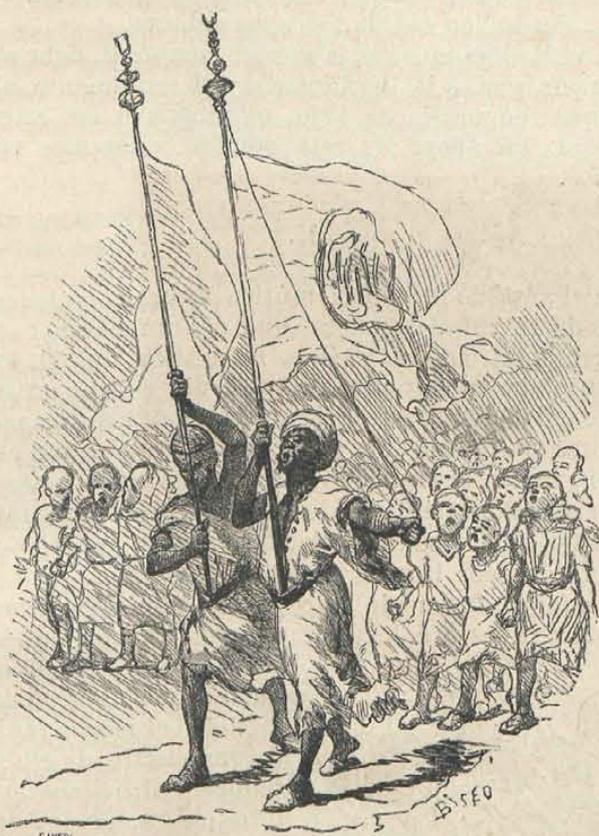
denados á domicilio limitado, ó viajeros convertidos en huéspedes forzosos de los piratas de una isla desierta, que aguardan la llegada del buque que trae el dinero del rescate.

Es más fácil orientarse en medio de la inmensidad de Londres, que en este puñado de casas que cogerian perfectamente en uno de los ángulos de Hayde-Park. Todas estas callejuelas, rinconadas y encrucijadas, por las cuales á duras penas puede transitar, se parecen unas á otras como las celdillas de un panal, y sólo por medio de una atentísima observacion de las más insignificantes particularidades puede llegarse á

distinguir un lugar de otro. En cuanto dejo la plaza ó la calle principal, para internarme por las laterales, ya me hallo perdido. En uno de estos corredores silenciosos y oscuros, dos árabes podrian apoderarse de mí en mitad del dia, secuestrarme, y hacerme desaparecer de la sobre haz de la tierra, sin que persona alguna se percatara de ello. Y sin embargo un cristiano puede pasear solo por



este laberinto y á la hora que mejor le cuadre, de día y de noche, en medio de estos bárbaros, con más seguridad que en cualquiera de nuestras ciudades. Una simple



Rogativas para la lluvia.

asta de bandera europea, enhiesta sobre una azotea, como el índice amenazador de una mano escondida, influye más en estas gentes que entre nosotros un ver-



La alcazaba.

dadero ejército. ¡Qué diferencia entre la civilización de Londres y la de Tánger! Pero cada una tiene sus ventajas: aquella puede enorgullecerse con sus palacios y

caminos de hierro subterráneos; aquí se puede pasear entre la multitud con el sobretodo desabrochado.

No existe en todo Tánger ni un carro ni un coche: no se oye el rumor producido por las gentes trabajando en las labores de sus oficios respectivos, ni sonidos de campanas, ni gritos de vendedores: no se nota movimiento alguno apresurado en personas ni en cosas: hasta los mismos europeos que no tienen donde meterse, se pasan las horas muertas en la plaza: todo reposa y todo convidaba al reposo. Yo mismo, que hace pocos días me encuentro aquí, empiezo á sentir el influjo de esta vida muelle y soñolienta. En cuanto llego al Zoco de Barra, siento irresistibles deseos de volver á casa: cojo un libro y no bien he leído diez páginas se me cae de la mano sin poderlo remediar: no bien reclino la cabeza sobre el respaldo de la butaca, he de hacer un verdadero esfuerzo, tal como recapitular, por ejemplo, un par de capítulos de Smiles, para levantarla de nuevo, y la sola idea de que he de trabajar ó de que me esperan, me abruma de fatiga. Este cielo siempre azul, y esta ciudad toda blanca, son una imagen de la paz inalterable y monótona, que para cuantos habitan este país, viene á ser paulatinamente el supremo deseo de la existencia. Tal es el motivo de interrumpir en este punto la nota de mis observaciones. La pereza se ha apoderado de mí y me ha vencido...

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuará).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO II.

INFLUENCIA GENERAL DE LA MÚSICA.

La música considerada como lenguaje.—Su influencia sobre el movimiento orgánico, la sensibilidad, la inteligencia y el sentimiento.—La música entre los antiguos egipcios.—Hechos curiosos referidos por Quintiliano, Tácito, Plutarco, Ossian, etc.—El profeta Eliseo y el tocador de instrumentos.—Partido que pudiera sacarse de la música para la tranquilidad del alma.—Los dos Timoteos.—Dryden y su célebre oda.—Raras variedades del gusto en música y alimentación.—Los egipcios y la tonada del Mambú.—Tradicion referente á esta tonada.—Influencia de la música en los animales.—Experimentos curiosos.

I.

Apénas se produce una melodía, instantáneamente cuantos la oyen se sienten atraídos hácia un mismo órden de pensamientos y dominados por iguales emociones: háceles sentir algo comun, produce un efecto general análogo, imprime idénticos impulsos, causa unas mismas sensaciones; todo de la manera más natural, más espontánea, sin estudio preliminar, sin convencion anterior alguna.

¿Por qué medios se produce este efecto? Hé aquí un problema no resuelto aun, y lo que es más, un problema conceptuado de imposible resolucion, al igual que el de las propiedades del lenguaje natural.

Dicese generalmente que la música es el lenguaje del sentimiento, y sin negar que lo sea por excelencia, hay que tener en cuenta que asimismo puede expresar sim-



plemente un número, medida ó movimiento, como también imitar ciertos acentos de la naturaleza, sin expresión de sentimiento alguno.

Semejante género de música no obra sino sobre la inteligencia, que la comprende, y sobre el organismo, al cual comunica su movimiento. Citaremos por vía de ejemplo ciertas marchas militares, ciertos cantos acompañados y cadenciosos entonados por los marineros, remeros ó trabajadores en general, acompañados comúnmente de insignificante letra, palabras ó sílabas que apenas marcan la medida y la cadencia. Sin embargo, esta medida, esta cadencia imprimen su movimiento al organismo y ayudan al trabajo.

Bossuet da cuenta de esa influencia de la música sobre el organismo con la admirable precisión que caracteriza todos sus escritos. «No tan sólo, dice, nos sentimos dispuestos á cantar la misma tonada que oímos, sino que, á poco que tengamos el oído fino, todo nuestro cuerpo se balancea al compás de la cadencia que hasta aquél llega; y esto sucede con tal independencia de nuestra voluntad, que tendríamos de violentarnos para obrar de distinta manera. Tan grande es la relación entre los movimientos del oído y los de otras partes de nuestro cuerpo (1).»

Este género de música puede imitar el movimiento de ciertos objetos, el ruido de la locomotora, el tic-tac del molino, la cadencia del viento que barre los trigos, la marcha de un ejército, el galope de un caballo, el rugido de las fieras, el canto de las aves, el murmullo del río, etc.

Puede escribirse hasta música muy sabia hablando exclusivamente á la imaginación y sin producir sensación alguna, ántes bien dejando del todo frias y de ninguna manera conmovidas á las personas más sensibles á los efectos de una melodía.

Sobre este particular debemos anticiparnos á algunas objeciones que no dejarían de hacérsenos. Esos cantos, esa música que expresan tan sólo medida, movimiento, rumores de la naturaleza, la misma música sabia á que nos hemos referido, pueden en último término despertar ciertos sentimientos; mas no porque los exciten por su propia virtud: podrán despertar, repetimos, esos sentimientos, como veremos luego, pero no los expresan directamente.

Por otra parte, la música no tiene rival en la expresión de los sentimientos, desde las más pasajeras emociones hasta los más arrobadores éxtasis; bajo cuyo punto de vista no hay arte alguno que siquiera la iguale. No solamente expresa los sentimientos, no solamente los hace comprender, sino que nos los infiltra, nos hace participar de ellos, los despierta, digámoslo así, en nuestra alma, y obrando con poder irresistible, conmueve, embriaga, arrebatada.

La influencia de la música en los sentimientos es incontestada, á pesar de ser uno de los fenómenos que han llamado más poderosamente la atención. Hácela llegado á confundir con la influencia de la música sobre la inteligencia y la locomoción, gracias á definirse generalmente la música *el lenguaje del sentimiento*, definición evidentemente incompleta.

Sin embargo, desde la música que obra principalmente sobre la inteligencia y el movimiento, hasta la música que obra más directamente sobre el sentimiento y la sensibilidad, existen infinidad de gradaciones, en las cuales hallan cabida todos los géneros.

La verdadera música, la música *completa*, debe satisfacer por igual á la inteligencia y al sentimiento, objetivo que, en medio de todo, se proponen las artes en general. En apoyo de esta opinión citaremos varios hechos.

II.

En el antiguo Egipto la música figuraba en todos los actos de la vida, de suerte que era un hábito casi no interrumpido entre el pueblo. La música, dice M. Fétis, le consolaba en sus penas, le sostenía en sus fatigas y le secundaba en sus trabajos, reglamentando los movimientos por la medida y el ritmo. Y esto es tan cierto como que los aguadores y bateleros del Nilo conservan aun sus cantos tradicionales, que un observador inteligente y concienzudo, Villoteau, afirma haberles sido transmitidos por la más remota antigüedad. «Por este medio (el canto rimado), dice, ajustan tan regularmente sus movimientos á los más penosos trabajos, que dos

solos hombres consiguen á menudo y con sorprendente facilidad el mismo resultado que cuatro de ellos obtendrían difícilmente en otros países, donde se concierte con menos precisión el conjunto de los esfuerzos empleados. Sea que carguen sobre sus hombros pesados fardos ó que se dediquen á cualesquiera otras faenas que requieran fuerza y para cuya ejecución se concierten

dos ó más trabajadores, poniendo de su parte tanta destreza como musculatura, siempre que la faena requiera uniformidad de movimientos, nunca dejan de cantar, bien á coro, bien alternadamente, un ritmo cadencioso, á fin de que cada uno de ellos obre con uniformidad y secunde los esfuerzos ajenos de una manera oportuna.»

M. Fétis, que reproduce este pasaje, añade que, examinando los inmensos trabajos realizados por los egipcios, las masas enormes que extrajeron de las canteras, desprendieron de sus asientos y transportaron á grandes distancias, en unos tiempos en que las ciencias físicas y mecánicas estaban muy léjos de haber llegado á su desarrollo actual, se comprende que á la influencia de los cantos rítmicos, obrando sobre una multitud de esclavos, se debe una gran parte de la ejecución de esas maravillas de la paciencia y de la fuerza de voluntad. El propio autor cita una porción de esos cantos tradicionales, conservados á través de los siglos, sumamente interesantes para la historia de la música del antiguo Egipto, *el canto de los bateleros del Nilo, el canto para cruzar el escollo, el canto para virar de bordo, el canto de los poceros, etc.*

Tradiciones son estas conservadas en el mundo entero. No hay puerto en que los marineros no trabajen cadenciosamente al compás de un canto monótono de sílabas que nada dicen al alma, pues se reducen á una sencilla expresión del movimiento y de la medida; movimiento y medida que, comunicándose á todo su sér, multipli-



Cortejo fúnebre de los egipcios. (Sacado de una pintura de un sepulcro de Tebas, publicada por Wilkinson).

(1) BOSSUET, *Conocimiento de Dios y de sí mismo*, cap. V.

can su fuerza, sea que suelten la pesada cadena de las áncoras para amarrar la atracada embarcación, ó que la arrollen para lanzar el buque á nuevas empresas oceánicas, ó que hagan maniobrar los férreos engranajes de las máquinas para cargar y descargar los costados de la nave; trabajos ciertamente rudos, dulcificados, empero, por ese impulso ordenado y continuo, á que hace eco el movimiento de las sonoras ondas.

III.

Gran número de testimonios debidos á la antigüedad, prueban de una manera incontestable que los egipcios utilizaban la música en muchas circunstancias de la vida civil y en distintas ceremonias públicas. Siempre que moría una persona notable, las mujeres de su casa, desgñados los cabellos, cubiertas de ceniza y agitando verdes ramas, recorrían la ciudad, entonando cantos fúnebres al son de unos tamboriles de forma cuadrada, que llamaban *darabuka* (véase el grabado de la página 102); manifestaciones de dolor que se prolongaban hasta que el cadáver era encerrado en la sepultura. En prueba de ello que hánse descubierto esculturas figurando tocadores de arpa en uno de los sepulcros sitios no léjos de la gran pirámide, al parecer coetáneos con este gigantesco monumento y cuya antigüedad, por tanto, en opinión de M. Fétis, se remonta á cuatro mil años ántes de nuestra era. En ciertos mausoleos de Tebas hánse encontrado relieves representando á seis mujeres, de las cuales la de detrás canta, la en órden siguiente trae colgada de la espalda una pequeña arpa de tres cuerdas, la tercera toca la doble flauta, la cuarta pulsa una guitarra de dos cuerdas, la quinta una cítara de diez cuerdas y la última un arpa de doce cuerdas. El conjunto representa, por lo tanto, un verdadero concierto, en que la parte vocal se halla representada por un solo ejecutante, acompañado de cinco distintos instrumentos. (Véase la página 104, primer grabado). Las arpas de los asirios, tales como se hallan en un bajo-relieve de suma importancia, encontrado por M. Layard en las ruinas de Nínive, en Koyundjeck (Turquía asiática ó antigua Mesopotamia), demuestran, con el gran número de sus cuerdas, cierto sistema análogo al de las antiguas arpas egipcias, ó sea la escala cromática. Este bajo-relieve, que se encuentra entre las antigüedades asirias del Museo Británico, es altamente interesante para la historia remota de la música en el Asia occidental. (Véase el segundo grabado de la página 104.)

En las batallas libradas por los egipcios, se colocaba á los músicos delante de los soldados, como es de ver en



Músicos militares. (Segun una pintura de Tebas).

los monumentos representativos de los combates y marchas de los tiempos de Sesóstris. Los instrumentos que tocan estos músicos son trompetas, tambores y serpento-

nes, de un género parecido á los empleados para la música de baile, pero de mayor tamaño y por consecuencia de mayor intensidad de sonido. El grabado anterior representa una banda ó música militar tebana.

Multitud de escenas representadas en los sepulcros detallan minuciosamente los interiores de las casas egipcias, en una época que se remonta á diez siglos ántes de que Homero escribiese sus poemas. El grabado que figura al pié de la página 104 representa á varios músicos que tocan la lira, la tiorba (1) y la doble flauta, y cantan acompañándose con estos instrumentos; bailarinas, coronadas de flores y de verdes guirnaldas, toman animadas posturas al son de las panderetas; otros personajes hacen alarde de su destreza en el juego de bolos, saltos y otros ejercicios de fuerza ó agilidad; otros, finalmente, en torno de unas mesas poco elevadas, juegan á las damas ó al ajedrez, moviendo multitud de piezas de variados colores; pinturas ejecutadas todas ellas mucho ántes de los célebres descubrimientos de Palámedes, verificados durante el sitio de Troya.

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.

(Continuará).

EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

LA ANTIGUA ALEJANDRÍA.

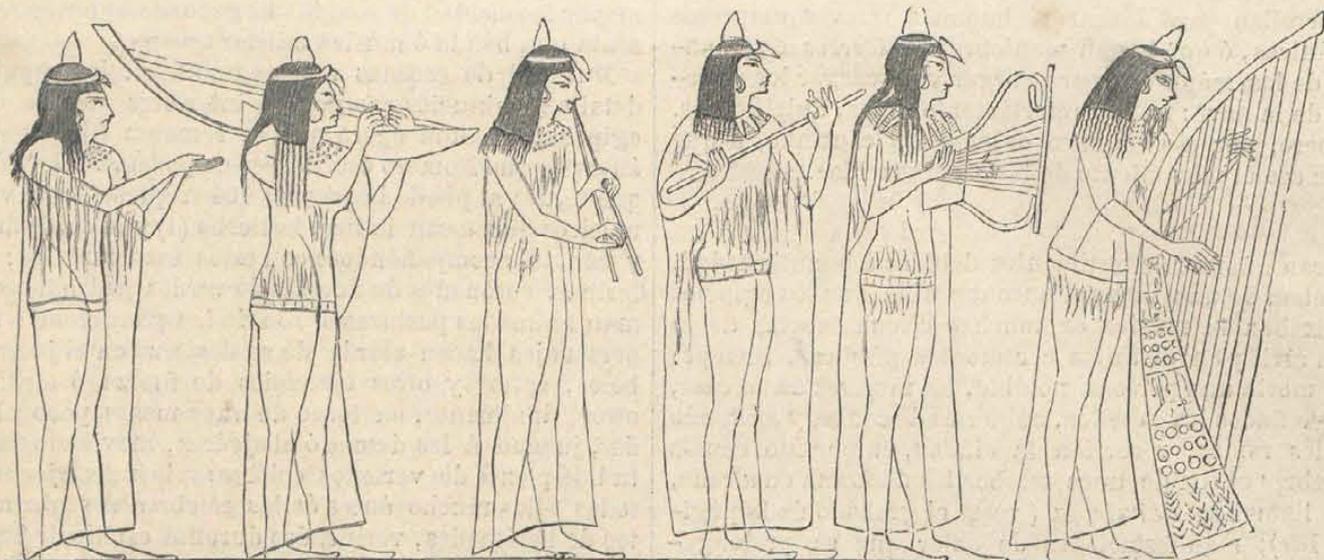
(CONTINUACION.)

Pero cuando, después de la batalla de Filipo, favoreció Cleopatra (que tenía entonces veinte y cinco años) á Antonio, y lo llevó consigo á Alejandría, volvieron á florecer en Bruchium y en Alejandría sus antiguos días de fiestas y regocijos.

La deslumbradora magnificencia del bote en el cual la hechicera del Nilo salió á recibir al romano en el rio Cidno, el irresistible atractivo de su belleza y de su amabilidad, y la fina cultura de la mujer que podía hablar á cualquiera oficial en la lengua materna del mismo, exquisitamente descrito todo por Plutarco, movió sin duda á Shakespeare á seguir al pié de la letra la relación del historiador en la pintura que nos da del encuentro de los dos amantes.

La voluptuosa vida que llevaron Antonio y Cleopatra se ha convertido, de puro sabida, en refrán; y en efecto, las riquezas que tiraron estos dos amantes en sus devaneos, y en el invento de deleites, siempre nuevos, fueron tan monstruosos como insaciable fué su afán de sensualidad. Allí chapoteaban sobre rosas en los festines, se tiraban millones para presentar vasijas á cual más preciosa y los manjares más exquisitos; allí trasnochaban, no sólo en los suntuosos lechos de palacio, sino recorriendo también disfrazados la ciudad que estaba dormida. Por todos lados resonaba el canto, preciosos aromas se esparcían por los juegos y espectáculos, en sus cacerías y en sus paseos en coche. Los tesoros de que disponían parecían inagotables. Cleopatra fué la primera que fundió una perla para realzar el precio de un brebaje; y como maestra de toda disipación, descubrió que nada había más exquisito que los aromas de subidísimo precio. Todo tiene cierto valor para lo sucesivo, pero los costosos aromas con que se lavan las manos se disipan

(1) Especie de cítara que se tocaba con un arco, y que en los acompañamientos venía á ser lo que actualmente el violoncello. — (Nota del Traductor).



Cantora de los funerales, acompañada de cinco instrumentistas. (Segun una pintura de un sepulcro de Tebas).



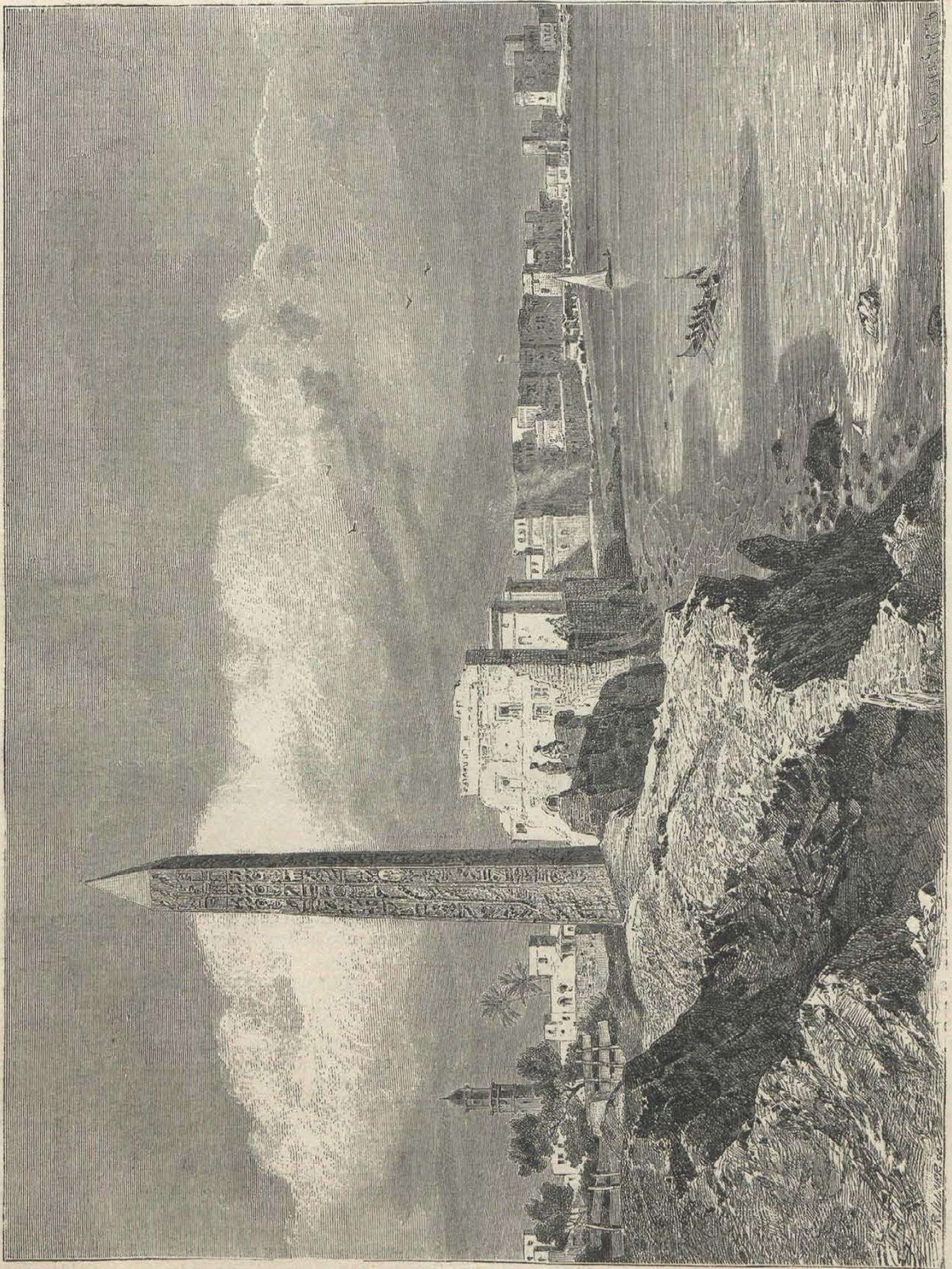
Orquesta y cantores á la cabeza de una marcha triunfal. (Escena del bajo-relieve de Koyundjeck, encontrado en las ruinas de Ninive, y que existe hoy día en el Museo Británico).



Músicos y jugadores.—Pintura egipcia anterior al sitio de Troya. (CHAMPOLLION FIGEAC, Egipto).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

(Véanse las páginas 101, 102 y 103).



AGUJA DE CLEOPATRA.

allá en el aire y quedan para siempre perdidos. La des-pertada de aquella embriaguez los sorprendió fatalmente cuando Antonio, en el combate naval de Accio, huyó cobardemente sin llevar á la pelea á su poderosa infantería, olvidándose del valor de que tantas pruebas tenia dadas, y refugiándose en una torre situada en una lengua de tierra á orillas del gran puerto alejandrino, torre á la que dió el nombre de Timon, que así se llamaba aquel filósofo de Aténas tan célebre por su misantropía.

En medio de tanta desdicha, Antonio, abandonado por los suyos, se entregó con Cleopatra á su vida disoluta, hasta que recobró su antiguo valor en una batalla contra Octavio, de la que salió éste vencedor, cayendo cadáveres los dos amantes, en poder de Octavio, despues de haberse traspasado él con su espada, y héchose picar ella por un áspid para huir del negro porvenir.

Cuando Octavio subió al trono de los emperadores, doblégóse el Egipto, como provincia romana, ante su cetro. Todos los emperadores romanos que le sucedieron fueron nombrados en los templos autócratas ó soberanos absolutos, y gozaron de los honores divinos de los faraones hasta en los santuarios más recónditos de la Catarata y de las Oasis del desierto. Augusto mandó edificar

el arrabal de Nicópolis en el mismo campo de batalla donde habia derrotado á Antonio, y los emperadores romanos adornaron la capital egipcia con grandiosos edificios. En honor de Tiberio levantaron los alejandrinos el monumento llamado *Sebasteion* en el mismo punto del gran puerto en cuya orilla se levanta hoy dia la llamada *Aguja de Cleopatra*, que la ciudad de Trieste pretende poseer. Su hermano gemelo, que durante tan largos años yació en el suelo, se ha de levantar en Lóndres, habiendo llegado al Támesis despues de una peligrosa navegacion del extraño buque que á este efecto se habia construido. Pero ninguno de estos obeliscos tiene nada que ver con Cleopatra; tampoco es cierto que esta reina mandase levantar el monumento en honor de César despues del nacimiento de Cesarion. El obelisco de que se trata ha tomado su nombre, porque este nombre pertenece á los pocos de la antigüedad que se han conservado en la memoria de las generaciones posteriores y que se enlazan con las grandiosas obras de tiempos que fueron. La famosa Aguja se sacó de la antigua ciudad del Sol (Heliópolis) para que sirviese de compañero al *Sebasteion*. Tiene 21'6 metros de alto, y su hermana, separada de él para siempre, regalada por



Cleopatra en el rio Cidno yendo al encuentro de Antonio.

Mohamed-Alí á los ingleses, se levantará en el muelle del Támesis, como en otro tiempo se levantó el obelisco de Luksor en la plaza de la Concordia de Paris. El rey Thutmes III fué quien, en el siglo xvi ántes de Jesucristo, mandó levantar la Aguja de Cleopatra en la época más esplendente de Egipto, grabando en la piedra los geroglíficos que celebran la gloria de su nombre y cubriéndola de plata dorada.

La Aguja estaba consagrada al dios Sol-Ra, como que en su superficie pulimentada de granito y en sus láminas de oro jugueteaban los rayos del astro del dia. Junto al *Sebasteion*, delante de cuyas puertas se levantaron nuestros obeliscos, extendíanse preciosos jardines, y sus columnatas estaban adornadas de pinturas y estatuas. En un levantamiento de los gentiles contra los cristianos en el año 366, quedó abrasado dicho edificio, siendo incierto cuándo y cómo fué derribado despues de su restablecimiento. En la actualidad, un picapedrero ha establecido allí su taller; el silbido de la locomotora distrae al viajero que lo contempla; el venerable monumento no produce efecto en el medio que le rodea, y sólo cuando se le ve desde el mar se hace atractivo y recuerda la grandeza perdida de la ciudad griega.

La vista de la famosa columna de Pompeyo nos tras-

lada también á la Alejandria de los emperadores romanos. Esta columna se levanta al suroeste de la ciudad y señala el sitio cerca del cual se supone que se levantó el *Serapeion* cuando la Necrópolis se unia al cuartel egipcio llamado *Rakotis*.

No era el *Serapeion* solamente un templo del dios Serápis que introdujeron los Tolomeos para ofrecer un objeto de veneracion al pueblo mixto por ellos gobernado, ante el cual, así egipcios como griegos, podian inclinarse con igual devocion, sino que era además un lugar destinado á la ciencia con varios anejos, y más tarde un punto céntrico para dar satisfaccion á la necesidad mística de la revuelta y abigarrada poblacion de Alejandria. En el tiempo de los emperadores, ocupaba por su magnificencia el primer lugar despues del Capitolio romano. Descollaba notablemente sobre cuanto le rodeaba; un camino perfectamente empedrado servia para los carruajes, y una escalera de cien peldaños que se iba ensanchando más y más conducia á la cima á los que iban á pié. Por una cúpula redonda sostenida por cuatro columnas se llegaba al pórtico, y finalmente, al templo propiamente dicho, con sus obeliscos, sus fuentes, sus subterráneos y sus celdas para los penitentes, su biblioteca de 300,000 volúmenes, sus patios y la agi-

gantada columna que podía verse á larga distancia desde el mar. El brillo de los nobles metales y de las piedras preciosas pasmaba en todas partes al espectador, como le cautivaban también las pinturas; estremecíasele el



Alejandrina en vestido de seda trasparente.

corazon cuando se acercaba al llamado *Sanctus Sanctorum*, en donde descollaba quizás la estatua del dios levantada por Briaxis, la cual consistía en láminas del noble metal, llevando el *kalathos* en la cabeza, y á sus piés estaba echado un can-cerberos con cabezas de león, de lobo y perro, en torno de los cuales se enroscaba una culebra. Por una abertura que con calculada astucia daba en el sombrío santuario, caían rayos solares á la boca del dios como para besarle. Reinando Marco Aurelio, estalló un incendio en el Serapeion, pero no recibieron daño la biblioteca ni la estatua de Serápis, y lo que quedó destruido se restauró luego con nuevo esplendor, por cuanto Alejandria se jactaba de llamarse la ciudad de Serápis, el cual, así como la Isis egipcia, tenía sacerdotes y sectarios en todo el imperio romano.

Cuando, reinando Aureliano (273 de nuestra era), quedó destruido el Bruchium desde sus cimientos, y con él el grande edificio del Museo, era el Serapeion el punto de reunion de los hombres doctos. Pronto, sin embargo, el cristianismo, que se propagó y arraigó en el Egipto, puso en peligro el culto de aquel dios; y cuando Teodosio promulgó sus edictos contra las imágenes gentílicas, y el arzobispo de Alejandria Teófilo empezó á ponerlos en ejecucion con entusiasmo, fué también destruido desde sus cimientos el templo de Serápis, y con él la imagen del dios. Su destruccion produjo sus efectos naturales, pues el pueblo creía que si una mano criminal se atrevía á tocar el sagrado cuerpo del dios, se vendrian abajo cielo y tierra; pero no faltó un bravo soldado que arrimó á la estatua una escalera de mano, cogió una hacha de guerra y fué subiendo los peldaños con propósito de acabar con el ídolo. En aquel momento, helóseles la sangre en las venas á todos los espectadores, y hasta los cristianos que estaban allí presentes seguían temblando

los movimientos del soldado, y esperaban respirando apenas que iba á suceder una monstruosidad. En aquel punto blandió el guerrero el hacha descargándola en la mejilla del dios, la cual cayó al suelo. Todos estaban atentos sin moverse ni pestañear, pero ningun rayo se disparó del cielo, no se oyó ningun trueno, el sol no se ofuscó, y ningun temblor estremeció el cuerpo de la tierra. Entónces dió el soldado otro hachazo, y otro y otros, hasta que cayeron las preciosas láminas de oro, y el mutilado cuerpo del dios fué precipitado, y por los mismos que momentos ántes temblaban de miedo fué arrastrado por las calles con insolente menosprecio, y quemado finalmente en el anfiteatro.

En aquella suntuosísima fábrica no ha quedado nada más que algunos trozos de columna y la columna de Pompeyo. Un cementerio árabe, cuajado de tumbas y sepulcros, está cubriendo hoy dia el solar de aquel espléndido edificio, y los que enlutados se acercan con ramas de palmera al sitio donde descansan sus padres, hermanos é hijos difuntos, y se cuentan unos á otros el dolor que los embarga, están muy ajenos de sentir el eco de aquel sitio que suspira que todo es percedero en la tierra. La columna de Pompeyo, último testigo de la antigua magnificencia, se encumbra todavía casi intacta al cielo. Es esta columna la única obra de arte de gusto castizo griego que puede competir en grandeza con los monstruosos trabajos del tiempo de los Faraones. Fabricada de granito rojo de la primera catarata, tiene 31'8 metros de alto, incluyendo el zócalo cuadrangular sobre que se encumbra, y el capitel corintico medio destruido por el tiempo y por las influencias atmosféricas, ó quizás nunca terminado, capitel que la corona y que en otro tiempo sostenía una estatua. Pero no debe esta columna su nombre al gran Pompeyo que de orden de su pupilo Tolomeo fué asesinado en las playas egipcias, sino á un prefecto romano del mismo nombre, el cual la mandó levantar, segun la inscripcion que en ella se lee, en honor del emperador Diocleciano, el *genio de la ciudad*,



en agradecimiento del trigo que había regalado á los alejandrinos.

Al mismo emperador parece que los alejandrinos mandaron erigir otro monumento, esto es, el caballo de bronce; pues habiéndose proclamado, poco despues,

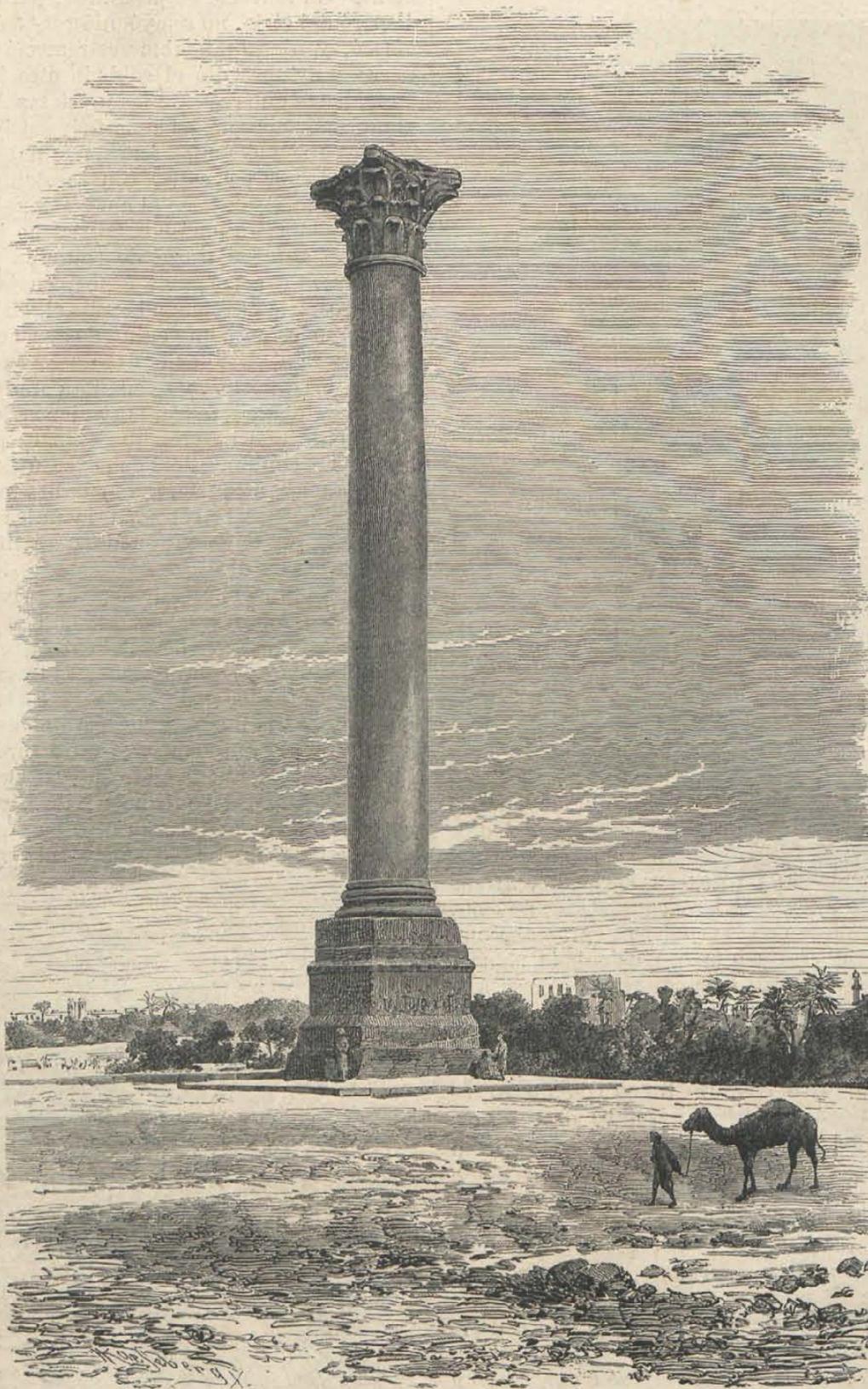
emperador un tal Aquileo, y habiendo abrazado los alejandrinos su partido, Diocleciano hubo de poner sitio á la ciudad, la cual se sostuvo ocho meses; pero muerto Aquileo, penetraron los romanos en ella, y el emperador mandó degollar á los habitantes hasta que la sangre de aquellos infelices subiese á la corva de su caballo. Empezó, pues, el degüello, y Diocleciano se acercó á la plaza, donde, habiendo tropezado su caballo con un cadáver, dobló una mano, mojándose la corva con la sangre. Con esto se cumplió la amenaza del emperador, y el caballo mereció la gratitud de los habitantes, los cuales, algún tiempo antes, habían padecido una calamidad mucho más espantosa, cuando Caracalla, exasperado por algunos chistes y epigramas de los satíricos magnates de la ciudad que le habían recibido con toda solemnidad y agasajo, mandó degollar traídonamente á los ancianos en un festín, y á los jóvenes en el gimnasio. Tres mortales días duró el degüello y el saqueo; el puerto se enrojeció con la sangre de los habitantes inmolados, y su número fué tan grande, que el emperador no se atrevió á decirlo al Senado, aunque se jactó en su comunicacion de haber empleado aquellos días en ejercicios piadosos y sacrificado al dios, no solamente toros, sino hombres también. Este mismo monstruo mandó levantar una muralla guarnecida de fuertes que partía la ciudad en dos para imponer á los habitantes una obediencia pasiva.

De otras visitas anteriores hechas por los soberanos de Roma, entre otros de Adriano, que estuvo discutiendo con los sabios del Museo, los cuales le dieron las gracias con mil lisonjas, conservaron los alejandrinos amables recuerdos.

El poeta Pankrates, entre otros, le regaló una rarísima flor del loto, de color rojizo, asegurándole que aquella flor había salido de la sangre de un león que el emperador, con su propia mano, había muerto en el desierto. Verdad es que en aquel tiempo las plazas del Museo se habían convertido en prebendas; pero al lado de muchas personas indignas, de cazadores de rarezas y de mercachifles de pequeñeces, florecían en el Museo, en aquel mismo tiempo, hombres de altísima importancia, tales como el gramático Apolonio Dískolo y el astrónomo Claudio Tolomeo, cuyo sistema estuvo dominando más de un milenio en el mundo cristiano, no ménos que en el mahometano.

Más adelante tampoco faltaron en Alejandría sabios profundos, y siguió siendo aquella ciudad el suelo más adecuado, en el que pudo formarse Ateneo, el cual se había familiarizado con todos los dichos agudos y con todas las anécdotas de la antigüedad, habiéndose formado también en él el incisivo Luciano, que, como buen conocedor de los hombres, pudo cultivar entre sus habitantes sus satíricas inclinaciones.

Así fué como la fuerza de la vida siguió impulsando siempre la sangre hasta en los últimos alejandrinos;



Columna de Pompeyo.



CEMENTERIO ÁRABE.

como que parece que el sol egipcio hace crecer hermoso y lozano cuanto es capaz de crecimiento. En Alejandría



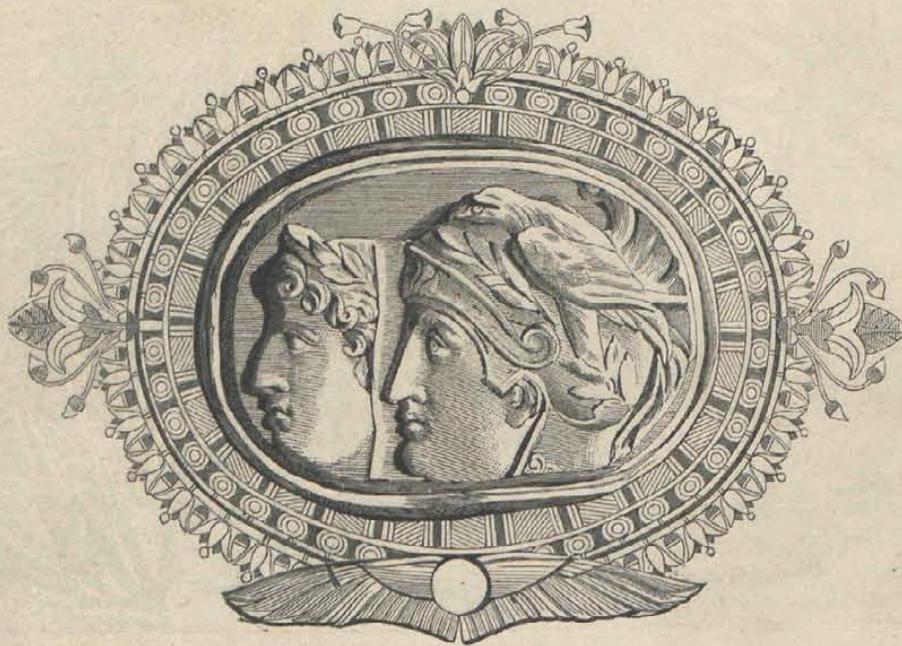
Vaso egipcio.

latía más veloz la sangre de los griegos, la movilidad helénica degeneró en insaciable afán, en manía irresistible de revoluciones políticas y sociales, traduciéndose en desatentadas empresas y en espasmódicas luchas, movidos por el anhelo de enriquecerse, y la agudeza griega los precipitó á la sátira inconveniente y liviana, castigada no pocas veces de un modo sangriento. En medio de todo esto, las fuentes del lucro les parecieron á los romanos tan inagotables en aquella ciudad marcada por ellos con el fuego, que se aseguraba en las orillas del Tíber que los alejandrinos poseían

el arte de hacer oro. Y con todo, enriquecíanse éstos de un modo muy natural. En sus manos estaba la exportación de los productos del suelo egipcio, granero de la antigüedad; todo el papel que el Occidente y el Oriente necesitaban, del papiro que crecía y se fabricaba á orillas del Nilo, había de sacarse de Alejandría; las mercancías del interior de África, el marfil, el ébano, las plumas de avestruz y las pintadas pieles de las fieras se desembarcaban en el lago Mareótico, y se trasportaban, ya en barcas por el canal navegable al puerto Eunosto, ó ya por tierra, al mercado del comercio á orillas del gran puerto. Inauditas riquezas se precipitaban también en las arcas de los comerciantes con la venta de los productos aromáticos de la Arabia, de la costa de Somali, de Ceilan y de los puertos malabáricos é índicos, de donde procedían las cosas más raras y costosas, por las cuales pagaban los lujuriosos romanos los precios más locos. Lo que más se estimaba eran los diamantes; seguían á éstos las perlas, y una libra de seda se pagaba con su peso en oro. En la época de las noches más largas salían las flotas de Myoshormos en el mar Rojo, y solían regresar en diciembre. En Berenice desembarcaban las mercancías para enviarlas por medio de acémilas á Koptos á orillas del Nilo, y luego en barcos, bajando el río, á Alejandría. En esta ciudad aguardaban su llegada comerciantes de todos los países; empero las más se dirigían á Roma. El comercio del puerto del lago Mareótico era más rico que el de los puertos de mar, ya que, en aquel, las mercancías exportadas excedían muchísimo á las importadas en valor y en cantidad.

No ménos infatigable y productiva era la actividad industrial de los alejandrinos. Cuando Adriano permaneció entre ellos, escribió una carta á Serviano que ha llegado hasta nosotros y que es muy importante, en primer lugar, porque nos dice que ya en su tiempo los cristianos, que no sabía distinguir de los sectarios de Serápis, le eran muy antipáticos, y en segundo lugar, por el retrato que hace de la actividad y vivacidad de los alejandrinos, á quienes pinta como gente frívola, inconstante, que corre tras todo rumor, terca, pendenciera, levantisca, que para nada sirve, maldiciente, añadiendo que no puede ménos de pintarla como es. «La ciudad de Alejandría,» dice él, «es poderosa en tesoros y recursos. Nadie está mano sobre mano. Aquí se trabaja el vidrio, allá el papel, más allá el lienzo: todos estos hombres atareados ejercen una ú otra industria: podagristas ó pedicuros; hasta los ciegos y quiragristas (que curan las manos) tienen que hacer: todos ellos tienen un dios solo (Mammon) (1), á quien adoran cristianos, judíos y todas las naciones. Lástima que esta ciudad esté tan pervertida; su importancia y su grandeza la harían digna de ser la capital

«La ciudad de Alejandría,» dice él, «es poderosa en tesoros y recursos. Nadie está mano sobre mano. Aquí se trabaja el vidrio, allá el papel, más allá el lienzo: todos estos hombres atareados ejercen una ú otra industria: podagristas ó pedicuros; hasta los ciegos y quiragristas (que curan las manos) tienen que hacer: todos ellos tienen un dios solo (Mammon) (1), á quien adoran cristianos, judíos y todas las naciones. Lástima que esta ciudad esté tan pervertida; su importancia



Joya con los retratos de Tolomeo Filadelfo y de Arsinoe, hija de Lisímaco.

cia y su grandeza la harían digna de ser la capital

(1) Voz siríaca, la riqueza, el dinero.—(N. del T.)

de todo el Egipto.» La censura del emperador no es ménos fundada que sus elogios. Con mucha razon dice Gibbon de los alejandrinos que unian la vanidad é inestabilidad de los griegos á la supersticion y terquedad de los egipcios. Despues de los primeros Tolomeos, rarísima vez reinó entre ellos una tranquilidad completa; pero ésta no reinó nunca desde la propagacion del cristianismo: la menor ocasion de escasez pasajera de carne y de trigo y la omision de un saludo hereditario ó tradicional, un error de preeminencia en los baños públicos, ó una disputa sobre religion bastaban casi siempre para provocar un alboroto entre aquel monstruoso gentío, cuya venganza era tan feroz como implacable.

Increible parece la gran capacidad que tenia este pueblo ardiente, inquieto y supersticioso para todos los ramos de la industria. Y no hablamos aquí de los inventos mecánicos del barbero Ktesibio y de Heron, que, en la tranquilidad del Museo, construyeron sus autómatas, sus relojes de agua ó clepsidros, sus jeringas, sus órganos hidráulicos y otras cosas parecidas, y descubrieron la potencia del vapor. Bien conocidos eran en todo el mundo los tejidos alejandrinos desde la basta manta del caballo hasta las alfombras más delicadas realzadas en artísticos bordados de figuras y paisajes, y de blancas telas de algodón y de sederías de caprichosos colores. La arquitectura naval producía lo más perfecto en su género, y los carruajes de lujo, de los que también se servían los alejandrinos en sus paseos por la ciudad, eran tan célebres como su ebanistería. Las mesas de madera de tya (1) con piés de marfil se pagaban por aquel tiempo hasta 1.400.000 sestercios (2) cada una. El trabajo de cincelar todos los metales, así nobles como no nobles, había llegado á la más alta perfección; como que de todas las joyas conservadas, que han llegado hasta nosotros, son sin ninguna duda las más bellas las labradas en Alejandría. En el arte de trabajar el oro y de montar y engastar joyas para muebles y atavío de las mujeres, así como en la fabricación de armas, se hizo lo que parece imposible, y aun lo parece más la fabricación del vidrio, arte que de Alejandría pasó á los italianos. También se fabricaban aquí espejos de vidrio, vidrieras y el vidrio mosaico (*millefiori*), que ya era conocido por los más antiguos egipcios; también ponían un esmero increíble en dar formas graciosas y artísticas á los vasos y jarros de cristal. Más adelante hablaremos del arte de los picapedreros egipcios y de la fabricación del papiro; y aquí damos fin á nuestra excursión por la Alejandría gentífica, la rica ciudad que tenía dentro de sus muros las cenizas del gran conquistador que le dió su nombre.

Traducido del alemán por
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(Continuará).



(1) Árbol africano de madera olorosa que se empleaba para fabricar muebles suntuosos. En latín se llamó *citrus*; suponen algunos que era el enebro, y otros el cedro, y otros el *thuya*; según los escritores más recientes, era el limonero.

(2) Unos 50,000 pesos fuertes.

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

Y dijo Dios: Juntense las aguas que están debajo del cielo, en un lugar, y descúbrase la seca. Y fué hecho así. Y llamó Dios á la seca Tierra, y á las congregaciones de las aguas llamó Mares. Y vió Dios que era bueno. — GÉNESIS, I, 9-10.

I.

¡ Mar y Tierra! Hé aquí dos palabras que comprenden todo un mundo y que sin rechazarse en modo alguno, como á primera vista pudiera parecer, atendido el objeto exclusivo de esta obra, por el contrario se completan una á otra y son la síntesis de nuestra idea. En efecto, sin tierra no hay mar posible, sin éste la tierra perecería necesariamente; faltaríanle las condiciones de su existencia: el uno nació de la otra y ambos forman un todo necesario. Así lo hemos demostrado anteriormente, estableciendo rigurosamente los orígenes del Océano y fijando su primitivo asiento. Falta ahora que determinemos, según la ciencia moderna, sus elementos constitutivos, límites, profundidad y extensión que se le reconoce hoy día, indicando las vicisitudes por que ha pasado desde que tomó posesión de la tierra en su primera corteza, causas más ó ménos ciertas que engendraron y conquistas hechas por el hombre en sus profundos senos. Más adelante nos ocuparemos, al penetrar en su vasto imperio, en reseñar, en cuanto nuestras fuerzas alcancen, su vida íntima, esto es, la maravillosa fauna y flora que encierra y que hasta ahora ha sido dado conocer al hombre.

Para que nuestra relación sobre la formación del mar y del gran vaso que lo contiene, así como de los seres que lo pueblan, descansen sobre una autoridad irrefutable, ántes de apelar una vez más al testimonio de los sabios, abramos por un instante los libros santos, en su historia de la creación. Éstos, acordes con la ciencia, nos dicen al establecer las siete épocas correspondientes á los siete días del Génesis:—La primera fué aquella en que la tierra y los planetas tomaron su forma; la segunda fué aquella en que la materia, habiéndose consolidado, formó la roca interior del globo, así como las grandes masas vitrificables que están en su superficie; la tercera, aquella en que las aguas cubrieron nuestros continentes; la cuarta, aquella en que las aguas se retiraron y en que los volcanes empezaron su erupción; la quinta, aquella en que los elefantes y demás animales del mediodía habitaron las comarcas septentrionales; la sexta, aquella en que se operó la separación de los continentes; y la séptima, aquella en que el hombre empezó á resistir á la acción de la naturaleza y á ejercitar su propia acción.

Estos hechos, tan concisa como verdaderamente consignados en la primera página del libro de los libros, á cada uno de los cuales los descubrimientos de la geología dan todos los caracteres de un teorema físico rigurosamente demostrado y que los más grandes filósofos de los tiempos modernos admiten de un modo absoluto, nos conducen desde la época en que la tierra se formó hasta la aparición del hombre en ella, como así lo expu-

simos en la introducción de estos estudios. El primer acto, como dijimos, ántes de que la vida se manifestara, fué la caída de las aguas ó la formación de los mares. Dos gases esparcidos por la naturaleza, con prodigiosa abundancia, el oxígeno y el hidrógeno, combináronse durante el período nebuloso ó incandescente, y de su combinación en la proporción de un volúmen del primero con dos volúmenes del segundo, resultó otro gas: el vapor de agua. Luego que la temperatura de la atmósfera, de la cual este vapor formaba parte, descendió bajo cien grados centígrados, el vapor empezó á cambiarse en agua. Cayó la primera lluvia que en un principio quedó vaporizada casi instantáneamente, al contacto del suelo ardoroso, pero enfriándolo algun tanto; luego volvió á condensarse para caer de nuevo, hasta que pudieron formarse y persistir algunas capas líquidas, más tarde aumentar en extensión y profundidad, y cubrir, en fin, una gran parte y hasta la totalidad de la

superficie del globo. Así nació el Océano y así terminó el primer período de la existencia de la tierra y con él acabó el reinado del fuego y empezó el segundo que podríamos llamar del agua. Por millares de años, por centenares de siglos quizás, sería necesario computar el tiempo trascurrido desde el primer acto de la creación hasta la época en que hemos llegado, es decir, hasta la caída general de las aguas y el nacimiento del Océano: fenómeno de importancia capital en la historia de nuestro planeta y que Moisés parece haber tenido presente cuando dijo (versículos 6 y 7 del primer capítulo del Génesis), que en el segundo día (1) Dios ordenó que fuera hecho el firmamento en medio de las aguas y divididas aguas de aguas. «É hizo Dios el firmamento y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento (2).»

Al terminar, pues, la acción absoluta del fuego, que debió reaparecer más tarde, aunque en segundo



Levantamientos plutónicos en el seno del Océano.

lugar, empezó, como hemos dicho, la del agua. En el período que podríamos llamar *material*, el fuego imperó como único soberano; en el que le siguió, que con M. Flourens llamaremos *viviente*, el agua fué el grande agente que operó. «Fué el agua, dice el autor citado, la que produjo las capas sucesivas de los sedimentos terrestres, y dió forma, por decirlo así, al globo en su cubierta más externa... El fuego y el agua, hé aquí las dos fuerzas que á su vez obraron primitivamente. Uno de los principales objetos de la geología es el de aclarar hoy día, en la contextura del globo, lo que fué efecto del fuego y lo que ha sido efecto del agua (1).»

Admitido, como no cabe duda, que el Océano primitivo cubría enteramente la superficie del globo, es consiguiente que su profundidad debió aumentar á medida que fueron condensándose los vapores por el enfriamiento gradual de las partes más exteriores del esferoide. Pero no fué tan sólo esta causa, si bien debemos reconocerla como una de las principales, la que aumentó

el caudal de las aguas y con ellas alteró en longitud y latitud el primitivo lecho de los mares; otras también poderosas contribuyeron á esta obra. Recordemos lo que nos dice el Génesis (3) referente al tercer día de la creación y que ponemos por epígrafe de este capítulo; y no olvidemos tampoco que en la época geológica de que se trata las fluctuaciones de la tierra y sus hervideros interiores debían obrar con grande energía en su débil epidermis, produciendo de continuo hinchazones, depresiones, hundimientos y levantamientos, irregula-

(1) Según varios autores respetables, por la palabra *diez* que emplea el historiador sagrado, debe entenderse, no un espacio de 24 horas representando la duración de una revolución de la tierra alrededor de su eje, sino unos inmensos períodos, unas fases distintas de las que cada una vió realizarse uno de los grandes actos de la creación del mundo.

(2) Por *firmamento*, palabra que emplea la Vulgata, se debe entender, según autorizados intérpretes, todo el espacio que hay desde la superficie de la tierra hasta las estrellas fijas, en el que se comprende también la región del aire, y todo el inmenso espacio donde giran los cuerpos celestes. Algunos entienden solamente por *firmamento* la atmósfera ó región del aire, que comunmente se llama *cielo*: ó también las nubes que parecen separar las aguas superiores, esto es, las que por las lluvias caen en la tierra, de las inferiores ó de las del mar, de los ríos, fuentes, etc.

(3) Génesis, cap. I, vers. 9 y 10.

(1) Flourens, *Ontología natural*. Lección XXVIII, p. 235.

ridades, en fin, cambiando sin cesar el nivel del suelo firme que entonces, sobre todo con relacion á la masa que quedaba flúida é incandescente, no era más que una película muy delgada. En tanto debió ser así que hoy mismo el espesor de esta corteza, segun A. Mangin (1), no

está evaluado en más de 160 kilómetros, ó sea la octogésima parte del diámetro terrestre, el cual es de unos 12800 kilómetros. Los volcanes, de que luego hablaremos, por los que las materias minerales en fusion se han ido desprendiendo desde aquellos lejanos tiempos, los



FUENTE DE ANDRÓMEDA, EN LA GRANJA.— (Véase la página 123).

terremotos que acá y acullá se dejan sentir con más ó ménos fuerza, haciendo desaparecer islas enteras ó levantando enormes rocas y peñascos, prueban lo bastante que nuestro planeta no está de tal modo consolidado en su superficie que se vea privado de vez en cuando de manifestar ciertas tendencias de un estado primitivo.

(1) A. Mangin, *Los misterios del Océano*, p. 33.
T. I.—15.

Este forzado y ántes continuo cambio del lecho de los mares, esta lucha incesante de los dos primeros soberanos de la tierra, el fuego y el agua, esta accion, en fin, alternativa de estos dos primordiales agentes que los geólogos han personificado bajo los nombres de unos dioses á los cuales la mitología los suponía sometidos: el fuego que era Vulcano ó más á menudo Pluton, el dios de los infiernos, el dios subterráneo; y el agua que era

Neptuno, el dios de los mares y soberano de los rios, al que todos rendian su tributo, llamándose en consecuencia más tarde, terrenos *plutonianos* aquellos cuya formacion se refiere á la accion del fuego central, y terrenos *neptunianos* los que resultan de los depósitos dejados por los mares en los lechos que en otro tiempo ocuparon, nos explican suficientemente estos trastornos, estas dislocaciones de la tierra, estos cambios tumultuosos de los mares que perturbados alternativamente y lanzados de playa en playa, no alcanzaron un asiento algo fijo hasta el momento en que el equilibrio se estableció generalmente entre la dilatacion interior y la presion exterior, y cuando la corteza del globo adquirió bastante espesor y solidez para oponer á los esfuerzos del líquido ardiente que aprisiona, una resistencia casi en todas partes invencible.

« Tan sólo entónces, dice el autor últimamente citado, los continentes y las grandes islas tomaron su asiento definitivo; los océanos y los mares quedaron encerrados en sus naturales cuencas sin sufrir ya más que modificaciones lentas y en cierto modo insignificantes. Los volcanes, verdaderas válvulas de seguridad de la inmensa caldera, afirmaron más y más la tranquilidad de los séres que viven en su parte convexa y esta seguridad no ha sido turbada más que accidentalmente por las convulsiones debilitadas del formidable líquido, esto es, por los terremotos, por los hundimientos ó levantamientos locales y por la explosion de volcanes submarinos (1).» Entónces establecieronse tambien las corrientes marinas y atmosféricas cuya marcha regular sostiene en estos elementos una circulacion fecunda, circulacion sin la cual, como veremos más adelante, quedaria estacionario é impotente el movimiento de vida, el cambio mútuo, el desprendimiento, trasporte y asimilacion de la materia por la materia. Los rios, formados por la caída de las lluvias, restituyen al Océano las aguas que el sol le quita por evaporacion; el orden y la vida, en una palabra, nacieron del gran caos primitivo. Y cuando decimos caos, no se crea que demos á esta palabra el sentido vulgar de desorden y confusion. No; el caos no era el *rudis indigestaque moles* de Ovidio; era el trabajo normal de un prodigioso alumbramiento; era la materia sufriendo, en virtud de las leyes eternas que la rigen, trasformaciones necesarias y obedeciendo al poder infalible, que de sus mil combinaciones iba á hacer salir este maravilloso conjunto de cosas armónicas que nosotros llamamos mundo, y al que los griegos daban el hermoso nombre de Cosmos, nombre que no tiene equivalente en ningun idioma, porque significa á la vez: Mundo, Orden, Ornamento, Belleza. El caos fué el bosquejo del Cosmos.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuado).

(1) Si bien desde el último diluvio de que fué teatro nuestro hemisferio, diluvio que destruyó no tan sólo los animales, sino poblaciones enteras y del que la tradicion de muchos pueblos ha conservado el recuerdo, no registra la historia ninguna otra catástrofe ni remotamente parecida, esto no obstante, los fenómenos geológicos han continuado y continúan todavia presentándose, lo que prueba que por más que la accion plutoniana haya menguado considerablemente, está lejos de haber cesado del todo; que las aguas no dejan de seguir su trabajo lento, pero enérgico, y que si, lo que no es posible asegurar con certeza, la era de las grandes revoluciones ha quedado cerrada para nuestro planeta, seria un error creer que el estado en que le vemos sea un estado definitivo é inmutable. (Mangin). Todo se aplaca con el tiempo: la lucha es hoy dia ménos ardiente, pero el odio entre los dos elementos que encierra el globo, contenidos pero no fatigados, está siempre vivo en sus entrañas. La tierra no ha apagado del todo sus volcanes y el Océano conserva sus irrombas y el violento empuje de sus contrarias corrientes. Estas energías inconmensurables hacen posibles todos los cataclismos, dice Victor Hugo, y de ellos daremos una mera noticia en el párrafo siguiente.

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO V.

Valdés.

Roger y Narciso se encaminaron á la plaza de Santa Ana y allí subieron al cuarto principal de una casa de construccion antigua, cuyo exterior revelaba las comodidades interiores y por consiguiente la buena posicion de su dueño.

Abrió la puerta, un criado de atentos modales, á quien aquellos preguntaron por el señor don Juan Valdés.

Al ver á dos personas del porte de nuestros jóvenes, el criado les hizo entrar hasta el recibimiento, pidiéoles sus nombres y fué á pasar el recado.

Cinco minutos despues eran introducidos los amigos de Martin en una pieza rica y seriamente amueblada como un despacho de ministro.

En pié, junto á una mesa escritorio de palo-santo, se destacaba como del fondo de un cuadro de Van-Dick, la figura de un hombre de mediana estatura y fisonomía que al primer golpe de vista le distinguia del tipo de las personas vulgares. Su frente era alta, negro el cabello, como los ojos, cuya mirada imponia; su rostro moreno tenia una palidez mate, y en sus labios, ocultos por un espeso bigote del color del cabello, se adivinaba una fria sonrisa como de natural desden á pequeñas consideraciones del mundo y quizás á mayores miramientos. Contaria treinta y cinco años y revelaba una organizacion enérgica, robusta y poderosa.

Respondió con una cortés inclinacion de cabeza al saludo que al entrar le dirigieron los jóvenes, y despues de ofrecerles asiento, profirió:

—Ustedes me dirán á que debo el honor...

—Venimos en representacion de un amigo, respondió Roger, de Martin Urgel.

—No conozco ese nombre... contestó Valdés con la sencillez más natural y una suavidad de acento que chocaba siniestramente con sus acentuadas facciones y la energia de su temperamento.

Roger quedó un instante como desconcertado y repuso con voz mal segura:

—Yo creí que usted conocia...

—Tal vez... pero por el nombre no atino ahora...

Roger, ya un tanto repuesto, creyó comprender la intencion de la ignorancia que manifestaba Valdés, y ofendido por ella añadió:

—No importa: yo me explicaré; y usted recordará perfectamente. Anoche, á la madrugada, salia un hombre de una linda torre situada cerca de la línea del ferrocarril de Gracia; ese hombre era Martin Urgel: otro hombre llegó á él y le detuvo, acometiéndole acto continuo para apoderarse de una llave, la llave de la torre; ese otro hombre era don Juan Valdés.

—Es cierto, respondió éste sin que se conociera la menor alteracion en su voz ni en su fisonomía completamente iluminada por la lámpara de gas que pendia en el centro del aposento.

—Usted comprenderá, prosiguió Roger, que la persona en cuyo nombre venimos no puede dejar así un suceso á que dan gravedad las circunstancias que le acompañan...

Valdés hizo un movimiento de cabeza como de cortés aprobación á las palabras de Roger.

Éste, ya picado con tan desdeñosa y soberana sangre fría, repuso:

—Puesto que usted conviene en ello, sólo me resta pedirle que se sirva indicarnos el nombre de las personas con quienes debemos entendernos.

Otro movimiento afirmativo como el anterior fué la respuesta de Valdés.

—Nada más entónces, concluyó Roger ya pálido de coraje.

—¿Es todo lo que se ofrece á ustedes? preguntó Valdés suavemente.

—Nada más, terminó con sequedad Roger.

Levantóse aquel de su asiento, puso dos nombres y las señas en una tarjeta, y volviendo á los amigos de Martin que se habian puesto tambien en pié, la presentó al que habia llevado la palabra, haciendo luego á los dos una cortesía y dando así por terminada la entrevista, al modo como un príncipe despide una audiencia.

Roger y Vilafranca se limitaron á responder con la propia muda cortesía, y salieron á la calle.

Bajando la escalera, exclamó Roger:

—¡Si Martin no se batiera con ese hombre, me batia yo!

—Pues por mi parte no llevaria á tal extremo mi coraje, dijo Narciso Vilafranca; porque tiene trazas de un espadachin de primer orden. Con esa sangre fría y esos ojos de mirada dura y fija, se conoce que clava la bala ó la punta del florete allí donde pone la vista. Mal negocio me parece que lleva Martin.

—Oye: para hablar así, podias haber excusado ántes aceptar el encargo, y estás aun á tiempo si comprendes que te falta la presencia de ánimo suficiente.

—¿A mí? ¡qué disparate! al fin y al cabo no soy yo quien ha de batirse.

—¡Eres una excelente persona! profirió Roger con despreciativo tono.

—Y tú un déspota que no toleras más opinion que la tuya. ¿Qué tiene que ver ahora que yo diga lo que pienso?

—Tiene que ver, porque ya que no sea posible evitar el pensamiento, se debe tener el buen juicio de callarlo cuando se piensa tan malamente como tú.

—Muchas gracias, dijo en última réplica Narciso, acostumbrado á sufrir la superioridad de Roger, no precisamente por el carácter de éste, más digno sin duda y más entero, sino por un sentimiento de bajo servilismo á su posición y á sus liberalidades.

En tanto Valdés ponía esta esquela á las dos personas cuyo nombre acababa de entregar á los padrinos de Martin:

«Amigo mio: irán á verte dos caballeros que han venido á desafiarme, y espero que te entenderás con ellos sirviendome de padrino juntamente con el amigo C... á quien asimismo mando aviso.

»No hay necesidad de que nos veamos ántes de quedar estipuladas las condiciones del duelo.

»Mejor que os plazca.

»Debo sólo advertiros que no tengo empeño en matar á mi adversario.

»Es un jóven incauto y al parecer fogoso que no me ha dado á la verdad motivo grave, y á quien creo que bastará una lección mediana.

»Esto no es decir que si sus padrinos la echan de hombres y quieren llevar el duelo al último extremo, dejeis vosotros de complacerles.

»Tuyo,

VALDÉS.»

Cerró Valdés las dos esquelas, enviolas seguidamente por un criado á su destino, y pidió el coche.

(Continuad.)

ANTONIO DE PÁDUA.

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO IV.

Plática.

Deslizóse tranquilamente la noche, sin que nuestro reposo fuese turbado por nada ni por nadie. Cuando desperté, todo se encontraba como lo habíamos dejado al acostarnos. La lamparilla de la luciérnaga seguía alumbrando el comedor, trasformado en alcoba. Imposible saber qué hora era, lo cual hice observar á la cigarra, que tambien acababa de desperezarse.

—Ha empezado á clarear, dijo ésta; podeis salir un rato afuera á saludar el sol: miétras tanto yo prepararé el almuerzo.

—Tendria curiosidad de saber en qué conoceis que ha despuntado el alba, objeté.

—Es muy sencillo; lo sé por mis vecinas las avispas. ¿No oyes la algazara que mueven? Cada mañana sucede lo mismo.

—Apruebo vuestro consejo y voy un momento afuera. ¿Qué corredor he de seguir? Paréceme que ayer entramos por el que está enfrente de nosotros.

—Así es. Tomándole no puedes extraviarte.

Internéme por dicha galería, y al poco rato me ví envuelto entre tinieblas: sin embargo, seguía andando sin temor de perderme, pues no teniendo corredores laterales el pasillo, forzosamente debia terminar al extremo del salon subterráneo, es decir, al exterior.

Así fué que no tardé en divisar débil claridad, que iba aumentando á medida que yo avanzaba, hasta que por último encontréme en la boca del subterráneo. Todavía algunos pasos y llegaria á la anchurosa alameda.

La mañana era deliciosa: el sol, rodeado de húmedos vapores, apenas acababa de asomar su faz por el horizonte; é impregnado el ambiente de balsámicos perfumes, conservaba la frescura vivificante propia de las primeras horas matutinas.

La borrasca de la vispera no habia dejado más huellas que algunas perlas líquidas que brillaban sobre las hojas de los fresales.

Saludé al astro diurno con regocijados cantos. Habíanse borrado de mi memoria cuantas ideas lúgubres ántes me asaltaran, y veía el porvenir de color de rosa: tan cierto es que nuestras impresiones dependen, no de la verdadera situación en que nos encontramos, ántes bien del sentido en que nos hace apreciar dicha situación nuestra disposición moral.

Engolfado en esa disertación psicológica y en otras por el estilo, desandé lo andado, volviendo á penetrar en casa de la cigarra para acompañar á ésta y á la luciérnaga en su almuerzo.

Lampiro ya estaba en pié. Mi prima habia hecho provision de víveres en medio del comedor, de suerte que sólo yo faltaba para principiar el almuerzo.



NERON Y LOCUSTA.—(COPIA DEL CUADRO DE M. JOSÉ SYLVESTRE).
(Véase la página 126).

El airecillo de la mañana había avivado mi apetito, por lo cual, despues de cambiar algunas frases corteses con la luciérnaga, me apresuré á hacer honor á los manjares que nos ofrecía nuestra amiga comun, manjares parecidos á los de la vispera.

Esto picó mi curiosidad, y no pude ménos de preguntar á la cigarra si le costaba mucho trabajo obtener aquellas provisiones.

—Nada más fácil, fué su respuesta. Mi morada contiene en abundancia larvas de salton. Tú no ignoras que esas larvas son muy amantes de las raíces de fresal y de lechuga: hé aquí uno de los motivos más poderosos que tuvieron mis padres en procurarme este recinto por morada. Además, el jardín en que nos hallamos contiene gran variedad de plantas y de arbustos que alimentan á muchos gorgojos y crisomelas, los cuales, como es sabido, para metamorfosearse han de hundirse en la tierra; de suerte que el suelo está literalmente tapizado de larvas y de ninfas, y yo vivo aquí en medio de la abundancia. Pero así como toda medalla tiene su reverso, tampoco le falta un tinte oscuro al cuadro de mi prosperidad, puesto que no gozo exclusivamente de ella. De vez en cuando los topos y las musarañas invaden mis dominios para dedicarse á la caza, y si cayese en sus garras, digo yo, no lo pasara muy bien. Afortunadamente tengo muy fino el oido, y advertida á tiempo de su presencia, de un salto me oculto en mi subterráneo, á donde no pueden seguirme mis enemigos, pues es demasiado estrecho el paso que á él conduce. El único temor que me asalta es que me sorprendan durmiendo; con todo, lo veo difícil, porque estoy siempre ojo alerta.

—¿Son estos los únicos cuidados que teneis?

—Sí; pero el jardinero de la quinta me ha cobrado ojeriza: está creído que daño sus plantas, achacándose los estragos que causan en los fresales las larvas de salton. De manera que cada día me arma una nueva zancadilla. Anteayer descubrí, no lejos de este sitio, en el trayecto de una de mis galerías, un tiesto enterrado de tal suerte, que si hubiese andado distraida cayera en en él sin poder salir.

—¿Teneis parentela en las cercanías?

—Sí por cierto; somos una familia bastante numerosa: creo que veinte individuos, todos ellos establecidos en estos contornos.

—¿Os tratais?

—A veces me visita una hermana, á quien quiero mucho, pues es muy divertida. Anoche, cuando una feliz casualidad deparóme tu amistad, la estaba aguardando á la puerta de mi habitacion.

—¿Tambien vive al lado vuestro la colonia de las avispas?

—Sí.

—¡Vaya una vecindad desagradable!

—¡Oh! no las trato... á lo ménos por mi gusto.

—¿Las visitais alguna vez involuntariamente?

—No digo que no.

—Explicao, pues no os entiendo bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco

me faltó para caer en su propia habitacion.

—Hé aquí una distraccion que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieron, y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acababa de practicar en su vivienda.

—¿Y qué visteis?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que habia como suspendidos una docena de terraplenes horizontales, muy juntitos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenia cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar á esas larvas, miétras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeada ví todo esto, pues como comprenderás muy bien, amiguito, no entraba en mis cálculos entretenerme. Despues de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitacion, abandoné aquel sitio á marchas forzadas.

—¿Os costó mucho trabajo abrir el boquete?

—No por cierto. Las paredes de su albergue son una especie de corteza formada de doce capas delgadas con intersticios.

—¿Viven muchas avispas en una habitacion de esa clase?

—¡Oh, sí! Muchos miles, por no decir centenares de miles.

—¿Y pasan el invierno bajo la tierra?

—Indudablemente; mas no pocas perecen al llegar el otoño. En cuanto á mis vecinas, fácil es que dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.



—¿Qué quereis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De la noche á la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día ménos pensado, al despuntar la aurora, verterá á la puerta de su casa un líquido asfixiante cuyo nombre no conozco.

—Se llama bencina, dijo por lo bajo Lampiro.

—Luego instalará un tiesto en la boca de la cueva, dejando presas á las muy confiadas avispas.

—¿Y entónces?...

—Perecerán todas irremisiblemente. Por algunos momentos oiré una algarabía infernal, que irá disminuyendo poco á poco; luego, silencio completo, el silencio de la muerte.

—¡Qué horror!

—Indudablemente que esto es horroroso: pero ¿qué quieres que haga?

—Podriais salvarlas.

—¿Abriéndoles otra salida?

—Sí.

—¡Gracias! me guardaré muy bien de hacerlo, puesto que yo seria su primera víctima.

—¿Y si estaban advertidas que no teniais más anhelo que su salvacion?

—¡Vaya, vaya! Te digo que lo primero que harian

seria darme muerte. ¿Es posible razonar con las avispas? Y ménos aun tratándose de avispas furibundas, pues al verse encerradas se darán á los diablos.



—¿Y si desde ahora les participábais el peligro que corren?

—Me llamarían vieja chocha, y me despedirían diciéndome que cuide de lo que me importa. Veo que no conoces á las avispas: siempre se han creído más inteligentes que nosotros.

—Lo mismo sucede con las abejas, dije yo. Junto á mi morada crecía una bardana, sobre cuyas flores frecuentemente venían á instalarse las abejas. A veces probé trabar intimidad con ellas, pero siempre fui mal recibido. O no me contestaban, ó me trataban de holgazán, de bicho inútil, y las más corteses decíanme que no tenían tiempo para hablar; en una palabra, comprendí que, si bien es innegable que las abejas están dotadas de buenas cualidades, no siendo las más despreciables su inteligencia, actividad y amor al trabajo, en cambio su carácter es pésimo.

—Muy mal carácter tienen, en verdad, pues pecan de susceptibles, de coléricas y de vengativas. Todavía son peores las avispas.

—He de confesar, objeté riendo, que no teneis la menor simpatía por ellas.

—Ni las quiero ni las odio, supuesto que no las trato; hablo de oídas. Si se ven hostigadas, tanto peor; que se defiendan. Yo me lavo las manos: allá se las compongan.

—Después de todo tal vez tengais razón, querida prima. Pero, ¿por qué las detesta el jardinero?

—Tiene para detestarlas numerosos y serios motivos. En primer lugar, las avispas se le comen los duraznos, las uvas, las ciruelas, las peras, esto es, la mejor fruta del jardín, y después, cuando el amo se halla á la mesa con su familia, las malditas hacen irrupción en el

comedor, y tocan todos los manjares, zumbando alrededor de la cabeza de la señora y de los niños: la señora se agita y grita como una loca, acompañándola en el concierto los chicuelos; el amo se levanta furioso y golpea á derecha é izquierda con la servilleta, de suerte que no dejan comer á gusto á nadie. Son unas descaradas.

Al oír esto me eché á reír, y repuse:

—Cualquiera diría que habeis presenciado la escena que acabais de pintar.

—No por cierto, pero una gran mosca azul, amiga mía, testigo con frecuencia de la cólera de aquella familia, es quien me ha informado de todo.

—No os ha engañado la mosca, añadió la luciérnaga; la escena es tal como acabais de describirla. Durante ocho días habité el comedor de la quinta y lo he presenciado todo.

—¿Habeis vivido en la quinta, caro Lampiro? ¿Qué hacíais allí?

—¡Oh! fui trasladado á aquel sitio contra mi voluntad. Cierta noche los hijos del amo, atraídos por el resplandor de mi farolillo, me llevaron á su casa, colocándome en un vaso, encima de la chimenea; visto lo cual me apresuré á apagar la luz. Al siguiente día el vaso fué puesto nuevamente en el armario, y nadie volvió á pensar en mí. Poco después, al limpiar la criada los trastos de dicho armario, me vió y en seguida me arrojó al suelo con ánimo de aplastarme. Afortunadamente caí en una hendidura, lo que me libró de la muerte: llegada la noche logré deslizarme fuera de la quinta, encaminándome á mi morada. Era tiempo de que recobrarla la libertad, pues estaba medio muerto de hambre.

—¿De modo que vuestra existencia no ha sido siempre pacífica, amigo Lampiro?

—¡Oh, no! podría contar algunas aventuras en que he figurado. Cierta día víme entre las mandíbulas de un carabo que se me llevaba con la intención evidente de devorarme: confieso que salí del paso gracias á la más extraordinaria de las casualidades. Mi raptor corría á todo escape, y en su carrera chocó con otro atolondrado de su especie que venía en contraria dirección. Los dos bribones empezaron á disputarse, y yo, aprove-



chando tan buena ocasión, descampé á marchas dobles.

—¡Raza vil! murmuré entre dientes.

—Amigo Lampiro, dijo mi prima, os pronostico que

acabareis mal. ¿Quién os mete, decidme, á pasearos de noche por sendas y vericuetos con vuestro farolillo encendido? ¡Vaya una manía más extraña! ¿Acaso no podeis circular á oscuras, como hacen los demás?

—Es costumbre inmemorial en nuestra familia andar con luz, replicó la luciérnaga.

—Sea, no lo niego; mas ¿os asiste algun motivo para no abandonar tan mala costumbre? Por lo que á mí toca, no veo su utilidad y sí los peligros que puede acarrear.

—Tengo mis razones para obrar así.

—¿Cuáles?

—La luz es una seña.



LA ESMERALDA. — (Véase la página 123).

—No os entiendo.

—Un fanal, si mejor os place.

—¿Para ver á vuestros enemigos?

—¡No! ¡al contrario!

Diríase que á Lampiro no le agradaba que mi prima insistiera tanto sobre el uso que hacia de su farolillo.

La cigarra abrió tamaños ojos al oír las últimas palabras de su amigo, ó más bien amiga.

Ésta parecia un tanto corrida de la confesion que se

le habia escapado, y adivinábase claramente que hubiese querido retractarse.

La cigarra miró maliciosamente á la luciérnaga, y encarándose conmigo soltó una estrepitosa carcajada.

Ya he hecho notar que mi prima, insecto muy amable bajo otros conceptos, no pecaba de indulgente ni de delicada.

Sin embargo, tuvo el buen acuerdo de no insistir sobre el particular. Luego dijo:



T. I. - 16.

PEREGRINACION EN ALBANIA.

(Véase la página 127.)

—Todo esto es muy lindo, caro amigo, muy lindo, muy poético... sí por cierto; no me desdigo... muy poético. Pero os advierto que obrando así acabareis mal.

—Puede ser. ¿No se os echaban en cara poco há vuestras distracciones, que en dos ocasiones distintas pudieron haberos sido fatales? Todos estamos predestinados. He visto perecer muchos individuos que eran la prudencia personificada. En cuanto á mí, no pienso cambiar de hábitos, y aguardo tranquilo mi suerte.

—A lo que parece, sois un tanto fatalista y muy filósofo, observé.

—Sí; esto es resultado de no pocas observaciones y reflexiones.

—Admiro vuestra sabiduría al par que la poesía de vuestros sentimientos.

—Las desdichas han madurado mi experiencia.

—¿Qué estais filosofando, eh? Vamos, primito, y vos también, Lampiro, venid: almorzaremos otra vez, pues debéis estar desfallecidos.

—¿Cómo se entiende almorzar otra vez, si hace un instante que hemos comido! Por mi parte no tengo pizca de apetito.

—Como queráis; yo voy á comer.

—¿Cuántas veces comeis cada día?

—A lo ménos doce, comunmente más; veinte á lo sumo, y siempre con igual apetito.

—¡Diablo! ¡que estómago! Así pues, ¿pasais vuestra existencia comiendo?

—Lo adivinastes, lindo primo. Individuos conozco yo que emplean peor el tiempo.

—Indudablemente. Notad que no os hago un reproche; lo que acabo de deciros es lisa y llanamente la expresion de mi sorpresa por lo bien que sabeis emplearlo. Permitidme que os deje un momento; tengo ganas de tomar el sol y de cantar un rato. ¿Quereis acompañarme, Lampiro?

—Siento en el alma no poder aceptar vuestra galante invitacion, contestó la luciérnaga; pero os diré que sólo salgo de noche, costumbre que he contraido desde mi aventura con el esfexo.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuará).

FÍSICA,

POB

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

ALUMBRADO ELÉCTRICO.

(CONTINUACION).

Fijemos ahora nuestra atencion sobre las dificultades ó inconvenientes con que lucha el alumbrado eléctrico, y sobre sus ventajas, comparado con el de gas.

Las ventajas que presenta la luz eléctrica sobre la del gas, son las siguientes:

1.^a Como la luz eléctrica es la que más se aproxima en su composicion á la del sol, resulta que los colores ni pierden con ella los matices que presentan á la luz del día, lo cual no sucede con la luz de gas.

2.^a La luz eléctrica no ataca las pinturas y las tapi-
cerías como la del gas, sobre todo cuando hay fugas de gas.

Vicia mucho ménos que el gas la atmósfera de los locales: casi puede decirse que la luz eléctrica no impurifica la atmósfera.

4.^a Produce mucho ménos calor que el gas, á igualdad de luz.

5.^a No puede producir explosiones.

6.^a Es ménos expuesta que el gas á ocasionar incendios.

Los inconvenientes que presenta la luz eléctrica para el alumbrado público son dos.

Es el primero la falta de seguridad en la continuidad del alumbrado, ó sea la posibilidad de que algunas luces se apaguen por sí mismas cuando ménos se espere. Esta extincion fortuita puede reconocer varias causas.

1.^a Una descomposicion, perturbacion ó rotura, esto es, un accidente cualquiera en la máquina motriz.

2.^a Un accidente en el generador de electricidad.

3.^a Un descuido ó falta de la persona encargada de maniobrar en el momento oportuno sobre el conmutador de cada farol eléctrico, para operar el cambio de la corriente eléctrica á otra bujía, si esta operacion se hace á mano, ó un accidente del mecanismo que debe operar dicho cambio, si la operacion se hace automáticamente.

En la avenida de la Ópera, en Paris, hay establecidas 62 luces ó bujías eléctricas, y se han observado 66 extinciones en un espacio de cerca de cinco meses. Dichas extinciones no han tenido lugar sobre todas las bujías á la vez, lo cual es natural, porque ni todas dependen de la misma máquina ni están en el mismo circuito; sino que han sobrevenido unas veces á cuatro bujías, otras á ocho y alguna vez á diez y seis.

El segundo inconveniente de la luz eléctrica para el alumbrado público, inconveniente que le impedirá penetrar en la economía doméstica, consiste en no haberse podido resolver por completo el problema que se ha llamado de LA DIVISIBILIDAD DE LA LUZ ELÉCTRICA. Este problema tiene dos partes.

1.^a Dividir una luz eléctrica cuya intensidad es, por ejemplo, de 30 mecheros ó lámparas Carcel en 30 luces pequeñas distintas y separadas, cuyas intensidades sean poco más ó ménos de una lámpara Carcel cada una. Esta parte está sin resolver, aunque debemos confesar que M. Jablochhoff ha logrado dividir una luz eléctrica de 400 Carcel en cuatro luces de 70 Carcel aproximadamente cada una.

2.^a Conseguir que de aquellas 30 luces pequeñas distintas y separadas, se puedan apagar las que se quieran sin que por este hecho sufran variacion sensible las que queden ardiendo; en una palabra: hacer tan independientes entre sí las luces eléctricas que tomen el flúido de un conductor, como lo son las de gas que se alimentan de un solo ramal de entrada.

El problema de la divisibilidad de la luz eléctrica se persigue hoy con verdadero frenesí: no ya el deseo de saber, sino el interés de la riqueza que colmaría seguramente al que lo resolviese, es el aguijon que punza á los inventores. La divisibilidad de la luz eléctrica es hoy la piedra filosofal. Ella es la espada de Damocles que pende sobre los accionistas de gas; porque si se resuelve el problema, corre el gas inminente peligro de sufrir una derrota tan completa como la que él hizo sufrir al aceite.

Resuelto el primero de los dos inconvenientes que hemos estudiado arriba, la luz eléctrica lucharía con el gas en el terreno del alumbrado de las vias públicas, y entonces las ventajas estarían de su parte: es casi seguro que la victoria sería suya con el tiempo, obligando al gas á refugiarse en las casas, tiendas y establecimientos modestos. Resuelto el segundo, sería el gas vencido en esta última trinchera sin que le quedase el recurso de retirarse á las aldeas, porque ni su impedimento le permitiría el viaje, ni su padre el carbón de piedra querría acompañarlo.

Por esto no es de extrañar que en Europa se agiten en tan gran número los inventores. Y no es solamente en el viejo mundo donde se agitan persiguiendo la piedra filosofal del día, sino que la misma fiebre del descubrimiento se ha apoderado de los físicos é ingenieros del Nuevo Mundo. Y en este movimiento tumultuoso, en este hervidero continuo de ideas, de esperanzas y de experimentos, no podía ménos de sonar el nombre de Edison, á quien muchos consideran como el Hércules de la inventiva, y á quien no pocos quisieran convertir en el Mercurio de sus intereses.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuad.)

BELLEZAS DE ESPAÑA.

FUENTE DE ANDRÓMEDA, EN LA GRANJA.

(Véase el grabado de la página 113).

Harto sabida es la fábula de la hija del rey etiope Cefeo y de Casiopea. Habiendo tenido Casiopea la imprudencia de creerse más bella que Juno y las nereidas, hijas de Neptuno, para vengarlas envió este dios á Etiopía un monstruo marino que la asoló, viéndose Andrómeda expuesta á su furor. A punto de ser devorada por el monstruo, llega Perseo montado en el Pegaso y la salva, obteniendo su mano en pago de tan señalado servicio. De este enlace nacieron muchos hijos, entre los que se cuentan Esteleno y Electrion, el primero de los cuales, al morir su padre, entró en posesion de Micenas, derrotando é haciendo prisionero á su sobrino Anfítrion, so pretexto de vengar la muerte de Electrion, á quien aquel había inmolado, sea accidentalmente ó por acaloramamiento, durante una disputa que sobre unos ganados se suscitó entre los dos.

El grabado que figura en la página 113, copia de fotografía, representa una de las mejores fuentes del real sitio de San Ildefonso (La Granja), ó sea el Versailles español. Dicha fuente es un monumento de primer orden, y consiste en un gran estanque circular, en cuyos extremos se ostentan dos jarrones orlados de flores, formando las asas dos cabezas de feroces sátirós. En el centro descuellan un elevado peñasco, sobre el cual vese á Andrómeda sujeta con cadenas, casi desnuda, suelto el cabello y en ademan suplicante. Junto á ella aparecen dos genios alados ejecutores de las venganzas de Neptuno, y en la parte inferior hay un monstruo de figura espantosa; un poco más allá Perseo, que con el auxilio de las talares de Mercurio y la cabeza de Medusa que pone delante del monstruo para petrificarle, parece querer descargar sobre él con la diestra la cuchilla de diamantes; y por fin detrás de éste la diosa Palas, en una nube, permanece en actitud de ayudar al héroe griego su favorecido.

Esta fuente tiene setenta y tres surtidores; setenta y dos manan de otras tantas heridas que aparecen en el cuerpo del monstruo, saliendo los derrames oblicuos y en tal disposición que forman como una araña. El agua que despide la boca de aquel se eleva á más de cien piés. La fuente monumental de Andrómeda es obra de Renato Fremin.—B.

EL PILLUELO.

(Véase el grabado de las páginas 124 y 125).

El *gamin* de París, el gaterilla de Madrid, el *piazzaruolo* de Roma, tres nombres distintos y un solo ente verdadero: el pilluelo, Tipo universal, que se encuentra en todos los países; que vive en todas las sociedades, y que ofrece al observador los mismos rasgos característicos, lo mismo si lo estudia en las grandes ciudades del continente antiguo, que en los pueblos informados de la civilización propia de los grandes centros del Nuevo Mundo. Libre como el aire que respira, nunca le falta un giron con que cubrir su desnudez, ni un mendrugo de pan con que acallar el hambre, ni un sorbo de agua cristalina con que apagar la sed. En pugna con la sociedad de la cual se ha emancipado, y que no se toma el trabajo de tenderle su mano protectora, y si por acaso se la alarga él la rechaza por lo mismo que instintivamente comprende que de aceptarla veríase precisado á sacrificarle su preciada libertad, constituye su goce supremo el jugarle una mala pasada, en cuanto para ello se le ofrece ocasión oportuna. Si ésta no se le viene á la mano, la busca, la prepara, la persigue, y no se da por satisfecho mientras no ha conseguido poner por obra su mal pensamiento. Si merced á sus estratagemas ha logrado hacer objeto de una broma pesada, tal como salpicar de barro á un apuesto mozalbete prendido de veinte y cinco alfileres, ó darle un chasco á un pobre paleta, su satisfacción no tiene límites; no existe en el mundo espectáculo que en atractivos á esto pueda compararse, y lo ríe y lo celebra con franca é ingenua alegría, en la cual vá mezclada la candorosa inocencia del niño y la refinada malicia del que siente mordido su corazón por el áspid de la envidia. ¿No es verdad que dice todo esto y mucho más, que vosotros habeis visto y adivinais, el tipo que representa nuestro grabado de las páginas 124 y 125?—V.

LA ESMERALDA Ó EL AVE DEL PARAÍSO.

(Véase el grabado de la página 120).

Pocas aves han dado lugar á tantas supersticiones y fábulas como las del Paraíso, fábulas que de la India pasaron á Europa por medio de los sacerdotes mahometanos siempre supersticiosos y obcecados. Primero persuadieron á los magnates y más tarde al pueblo que los Manucodiata, es decir, Aves de Dios, habían salido de los deliciosos jardines del Eden, entre las ramas de cuyos frondosos árboles revoloteaban. Afirmaban que sólo vivían del rocío que engendraba el sol, que únicamente la muerte podía sujetarles al dominio de la tierra; que sus plumas tenían virtudes maravillosas, que hacían invulnerables á los que las llevaban encima; y también estuvo en boga la creencia de que estas aves carecían de piés, como se supuso ántes en una especie de golondrina; que volaban por tanto sin cesar, hasta durmiendo, y lo que es más admirable aun que el entendimiento humano lo admitiera, que la hembra pusiera sus huevos en el aire, los empollara volando ó suspendida durante algunos instantes en la rama de un árbol por medio de los largos hilitos que son uno de los ornamentos de su plumaje. Todas estas supersticiones y consejas desaparecieron cuando, más conocidas las regiones africanas, patria de estas aves, pudieron examinarse en estado natural y fueron traídos vivos varios ejemplares á Europa.



EL PILLUELO.

DIBUJO Á LA PLUMA, POR KLIC.

(Véase la página 123).

Los *paratseos*, llamados vulgarmente *Aves del Paraíso* (Páseres), tienen, lo mismo que los cuervos, el pico recto y deprimido y las ventanas de las narices cubiertas de plumas, las cuales en vez de ser recias y rectas, son flexibles y rizadas, presentando un brillo metálico. Estas aves son originarias de Nueva Guinea é islas inmediatas; tienen las plumas de los costados muy prolongadas y delgadas en forma de penachos, mucho más largos que el cuerpo del animal. En ellas obra el viento de modo que, según su dirección, lleva al ave contra su voluntad, obligándola á elevarse hasta hallar una atmósfera más tranquila. En algunas, dos de las plumas que visten el obispillo adquieren además una extensión filiforme de mayor longitud aun que los penachos citados. Los naturalistas modernos dividen al presente los paraísoes en cuatro secciones. Las especies principales son: la Esmeralda (*P. apoda*), que es la más antiguamente conocida (véase nuestro grabado), y de cuya cola y penacho se extraen las bellísimas plumas que sirven de adorno á las damas; la Ave del Paraíso roja (*P. rubra*); la *Manucodiata* ó Ave real del Paraíso (*P. regia*); la Soberbia (*P. superba*), y el *Sifileto*, ó Ave del Paraíso dorada (*P. aurea*).

La *Esmeralda* es del tamaño de un zorzal; tiene el plumaje de color marrón, la parte superior de la cabeza y del cuello amarilla, el contorno del pico y de la garganta verde esmeralda. El macho es el que se halla adornado de esos hacecillos de plumas amarillentas con que embellecen las damas su tocado. Esta ave por la noche se mantiene posada en la cima de altos árboles y de día desciende, manteniéndose oculta entre el ramaje. Los papúes le hacen una guerra incesante; durante la noche trepan al árbol, acercándose cautelosamente al ave en tanto que hallan ramas bastante firmes para sostenerles: así aguardan con paciencia á que aparezca la primera luz de la aurora, y al primer albor de la madrugada, ántes que el ave despierte, le arrojan aceradas y mortales flechas.

El vuelo del Ave del Paraíso es muy ligero y comparable al de la golondrina, aunque se eleva mucho más en los aires. En la especie que damos por muestra y que sirve de tipo al género, las plumas que rodean la base del pico son de un hermoso negro aterciopelado, con visos de verde oscuro; este color se extiende hasta la garganta, cruzado por el amarillo que cubre la cabeza y detrás del cuello y el verde de reflejos metálicos que reviste aquella misma parte; el resto del plumaje es de un marrón oscuro sobre el vientre y claro en la espalda. Las plumas descompuestas, se presentan abiertas, sobrepuestas y escalonadas, y las más largas alcanzan hasta diez y ocho pulgadas. Los hiletes tienen dos pies nueve pulgadas de longitud; créese que los de la hembra son más cortos, y que, en este género de aves, como en muchos otros, el adorno del macho es mucho más brillante y más suntuoso, al paso que su hembra se contenta con un traje más modesto. La intensidad de los colores y del brillo metálico de este animal, proporcionalmente grande, que por su estructura tiene estrecho parentesco con nuestros grajos, puede tan sólo compararse con la del pájaro llamado colibrí, aunque éste no le sobrepaja.

Como ningún naturalista ha podido hacer hasta el presente una larga permanencia en el país natal de estas aves, las costumbres y hábitos de tan interesantes especies son poco conocidas todavía. Sábese no obstante respecto á su alimentación, que si bien se ceban en animales diminutos, escogen con predilección los higos pequeños y otras frutas, así como también insectos y particularmente sus larvas y orugas. La época más favorable á los cazadores de estas aves es la de sus amores,

pues en su ceguedad no aciertan á ver los peligros que las cercan. Bandadas formadas hasta de unos veinte machos con algunas hembras, se reúnen por aquel tiempo para entregarse á sus juegos eróticos, ó propiamente tales, á los que los indígenas dan el nombre de *Sacalebi*, ó sea sociedades de baile, eligiendo como punto de reunión algún árbol de ancho ramaje y de hojas secas, el cual les proporciona espacio suficiente para realizar sus graciosos ejercicios. Aunque encaramados en aquella altura, no notan que el cazador ha levantado bajo las ramas del árbol una techumbre de ramaje bajo la cual se esconde para disparar contra ellos, una tras otra, agudas flechas, siendosólo los últimos que de ellos van quedando, los que por fin caen en la cuenta de su disminución, echando entónces á huir «cual un meteoro, cuya cola siguen, formando como un rayo de luz ó como una aureola de perlas desprendida de la cabellera de una huri, meciéndose graciosamente á impulso del viento por la atmósfera,» según en frase inspirada dice Lesson al describir la huida de estas bellísimas aves. Durante sus amores levantan sus alas, extienden y dilatan su nuca, enderezan y presentan muy erguidos los penachos, ensanchándolos de un modo tal, que forman dos magníficos y en extremo vistosos abanicos dorados, bajo los cuales se cobija y reposa envuelto en su sombra todo el cuerpo del animal.

Si se observa el Ave del Paraíso en esa especial situación, dice Wallace, se la halla muy digna del nombre que se le ha dado y merece que se la considere como uno de los más hermosos y admirables seres que están dotados de vida. Aunque John van Lienschoten no logró ver estas aves en situación semejante, en el año 1598, que viajaba por el África meridional, acertó sin embargo con el propio y adecuado nombre de Ave del Paraíso, como guiado de un exacto presentimiento, y no podemos pasar en silencio la circunstancia de que en definitiva hayamos adoptado tal denominación dada por el dignísimo holandés con preferencia á la propuesta por el gran Linneo.—S.

NERON Y LOCUSTA.

(Véase el grabado de las págs. 116 y 117).

El año 37 de la era cristiana nació en Antio, población situada en una roca y distante 40 kilómetros de Roma, el monstruo de la naturaleza llamado Lucio Domicio Neron, siendo sus padres Domicio Enobarbo y Agripina, mujer dotada de gran belleza y célebre por sus desórdenes y crueldades.

Casada Agripina en segundas nupcias con el emperador Claudio, logró que éste desheredara á su hijo Británico, que adoptara á Neron y le nombrara sucesor al trono, y al mismo tiempo que le diera la mano de su hija Octavia. A la muerte de Claudio (año 54 de nuestra era), Neron fué proclamado emperador.

Durante los primeros años de su reinado afectó cierta mansedumbre, cediendo á su madre las riendas del gobierno; pero luego mostróse cruel y libertino, y rodeándose de cortesanas alejó de la corte á Agripina y más tarde la hizo asesinar. Como Agripina le amenazara con destronarle y ceñir la corona en las sienes del joven Británico, Neron decretó la muerte del hijo de Claudio.

Una envenenadora llamada Locusta, que por aquellos tiempos vivía en Roma, fué la que procuró á Neron el veneno para deshacerse de su rival. En pago de este

servicio el tirano la colmó de favores, alojóla en su palacio, instándola para que abriera una escuela de envenenadores; pero habiendo Locusta, según se asegura, intentado envenenar á Neron, éste la hizo matar. Otra version más verosímil hace morir á Locusta en tiempo de Galba.

El grabado de las páginas 116 y 117, copia de un cuadro del pintor francés José Sylvestre, cuadro que obtuvo el primer premio en el Salon de Paris del año 1876, representa á Locusta y á Neron contemplando el efecto que produce en un mísero esclavo el veneno preparado por aquella para dar muerte á Británico.—B.

PEREGRINACION EN ALBANIA.

(Véase el grabado de la pág. 121).

Las cordilleras del Erammos y del Pindo son de formacion tan variada y tan pintorescas, que todavía el lápiz ó el pincel del artista no han logrado reproducirlas en toda su majestad.

El grabado que damos en la página 121, representa la perspectiva del cerro de la Santísima Trinidad, situado en escarpadísima falda de la montaña llamada Peristerio, la cual tiene una elevacion de ocho mil piés. Desde su cima se descubren varios lagos.

Las lluvias han ocasionado una completa revolucion en aquellas cordilleras: el impulso de las aguas ha ido arrastrando fragmentos de peñasco hasta las torrenteras y canalizos, miéntras que las alturas vense coronadas de descarnadas peñas y de masas de piedra en forma de tableros.

En uno de aquellos picos está asentado uno de esos primitivos oratorios que, asolados unas veces por mano de los musulmanes y otras por los cristianos, restáuranse incesantemente y dáseles nueva forma.

El profesor F. Zverina, autor de la composicion que reproducimos, ha visitado en dos ocasiones distintas aquellos sitios, y en ambas encontró variada la forma del oratorio. La última vez tenia la que aparece en nuestro grabado, y estaba bajo la advocacion de la Santísima Trinidad.

Los odios de religion y de raza arden hoy dia en Albania con la misma fuerza que en tiempo del héroe nacional Skander Begs; así pues, no es de extrañar que vistan el traje del peregrino y emprendan largas jornadas albaneses impulsados por otras miras que la piedad. Muchas veces, al lado de individuos que van en busca de consuelo y de séres enfermos, vense otros que emigran de su patria. Peregrinos y emigrantes suelen ser bien acogidos por el pueblo, y en los monasterios se les recibe con afabilidad y encuentran siempre la mesa preparada.—V.

LA MUJER Y EL ÁLBUM.

Todos saben lo que es un álbum: pocos, muy pocos sabeis lo que es una mujer.

Y sin embargo, hablais mucho de ésta, que tiene infinitos puntos de contacto con aquel.

El que así suceda no debe extrañar, si se atiende á que en este mundo se quiere definir muchas cosas que apenas se conocen.

Si sólo fuera permitido hablar de lo que se entiende, se hablaría muy poco; la mitad de la humanidad estaria condenada á un silencio eterno.

Observo que mis divagaciones me alejan de la senda

que me he trazado, y no es mi deseo alejarme de ella.

Volvamos al asunto que ligeramente acabo de bosquejar.

Un álbum es un libro que consta de muchas páginas. ¡Acaso no consta de muchas la vida de la mujer!

El álbum en su primitivo estado es un lirio blanco y puro; la mujer en su infancia es una azucena casta, inocente é inmaculada.

El hombre viste las hojas del álbum al estampar en él sus pensamientos.

El hombre desnuda el corazon de la mujer al grabar en él sus ideas.

Y digo que lo desnuda, porque le suele arrebatarse el candor, la fe y la inocencia.

¡Atavíos preciosos con que se adorna el alma de la adolescente!

El álbum es para la mujer frívola un alcázar donde cuelga los trofeos de su amor propio.

El álbum es para el hombre superficial un pequeño museo donde deja depositada su hoja de laurel, su rama de mirto, á cambio de una aureola de gloria.

Hombres hay que no se tomarian la molestia de quemar incienso en ese altar llamado álbum, sino envueltos en el humo del incienso que han quemado.

Hay otros,—y para estos debe existir el misterioso libro,—que dejan un pedazo de corazon en cada estrofa, un poema de sonrisas en un idilio ó un raudal de desgarradora ternura en una elegía...

Estos son los verdaderos poetas: escriben, no lo que les impone su vanidad, sino lo que el sentimiento les dicta.

¡Cuántas veces dirigiendo al imposible melancólicas endechas exhalan el alma en un ¡ay! amargo cual el ajeno del dolor, y dejan en el álbum la historia de sus lágrimas y pesares!

El álbum puede contener un mérito incalculable, puede ser una magnífica joya: el corazon de la mujer es frecuentemente un tesoro de inapreciable valor.

El suave perfume de la caridad, la delicada esencia del sentimiento, un pensamiento santo y un heroico esfuerzo de abnegacion, convierten el corazon de la mujer en ramillete precioso que embalsama la existencia del hombre.

Una pincelada de Goya, un rasgo del Ticiano, una décima de Tasso ó Dante y una sublime inspiracion de Mozart ó Gounod, encerrada en las siete notas de la escala, pueden enriquecer notablemente un álbum.

El álbum, como el mar, atesora en su fondo preciosas piedras y feos guijarros.

El álbum, según Larra, es un cementerio donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al álbum y éste honra á los primeros.

¿No os parece difícil acertar lo que oculta ese panorama de recuerdos gratos ó indiferentes, ese lindo mosaico cuando os lo presentan cerrado?

Pues más difícil es todavía leer las páginas del corazon de la mujer.

El álbum tiene múltiples broches: tampoco le faltan al corazon de ella.

¿Creéis tal vez que éstos se abren al contacto de vuestras lisonjeras y aduladoras frases?

Estais en un error si esto suponeis; vuestro necio orgullo os ciega la razon.

El corazon de la mujer es un geroglífico indescifrable, un insondable arcano, un enigma de problemática solucion.

Si me fuera fácil reir, lo haria espontáneamente al oiros afirmar que conoceis á la mujer.

Los escritores de todas épocas, los filósofos antiguos y modernos, han pretendido hacer su apología; mas al querer retratar su fisonomía moral, han pintado una ridícula caricatura que no ha tenido semejanza alguna con el original.

¿Será que no existe pincel capaz de hacer siquiera un ligero cróquis de la fisonomía moral de la mujer?

Decidme imparcialmente: ¿Se aproxima á la verdad el célebre Tito Livio, al apellidarla bestia indomable? ¿Hablan con exactitud los que la denominan monstruo feroz?

Milton cree ser muy benévolo al apellidarla hermoso defecto ó feliz error de la natura, y esta benevolencia le ha hecho adquirir el título de galante entre los que opinan merece ser llamada espantosa aberracion de la naturaleza. ¡Que dislate!

Si esto fuera cierto, no hubiera dicho el eminente Chateaubriand: «La mujer suspende alrededor del hombre las flores de la vida como las enredaderas de los bosques que adornan el tronco de un árbol con cadenas de fragantes flores.»

Tampoco hubiera dicho un poeta portugués, que la mujer es una divina perla lanzada de los labios del Eterno para encantar este destierro.

Creedme, debéis respetar á la mujer sin analizarla. Porque la mujer se escapa á la investigadora mirada del observador, al minucioso exámen del sabio y al escrutador escarpelo del filósofo. No digais nunca que la conocéis, si no queréis exponeros á llevar un mentís terrible.

Una pluma más autorizada que la mia, el ilustre Beauchene, dice: «Los hombres estudian las mujeres, las juzgan y á menudo se engañan; las mujeres miran á los hombres, los adivinan y rara vez se equivocan.»

Vosotros las suponeis débiles, y yo os aseguro que no hay nada más fuerte que la debilidad de la mujer. ¿Qué no consigue la mujer, mostrándoos una debilidad encantadora que generalmente es artificial?

En los talleres donde se fabrican las armas que para nuestra defensa necesitamos, aparece en lugar preferente la debilidad. No puedo hablaros de otras armas, porque seria una indiscreta revelacion que no me perdonaria el sexo á que pertenezco.

Hacerlas conocer, fuera entregarlas, y yo no puedo dejar á mi sexo inerme con el formidable enemigo dentro de su campo. Tranquilídeos la seguridad de que no tienen estas armas las puntas envenenadas.

De todos modos, si en algo estimais mi consejo, os advierto que no es prudente dormirse al arrullo de una ilimitada confianza; pues el día que una mujer se lo proponga, ~~causará~~ en vuestro sér una revolucion como la ha causado ~~en las naciones~~; el día que así le plazca, os trastornará, os desorientará y os desconcertará, hasta hacerlos perder la gravedad de vuestra fria razon.

Sereis misántropos, pesimistas y ateos mientras pase la mujer al lado vuestro sin que la advirtais; mas cuando los azules ó negros ojos de ésta os dirijan una mirada insistente, quedará derrocado el edificio de vuestro escepticismo; su abrasadora mirada lo hará pedazos con gran facilidad.

Tampoco quiero ocultaros, que una mujer de mediano entendimiento marea á un sabio si tiene interés en marearle.

No os asombre mi aseveracion: mientras el sabio dedica largas veladas al estudio de las ciencias exactas y éstas le hacen conocer la verdad, el mundo se ocupa en amaestrar á la mujer en la mentira.

Luego de este aserto se infiere, me direis unánimemente, que finge la mujer. ¿Acaso lo dudais? Finge en el gran mundo y finge en el hogar. La mujer á los quince años, dice lo que sueña; á los veinte, lo que piensa; á los veinte y cinco, ó no dice lo que siente ó piensa demasiado lo que dice; y á los treinta es una notabilidad en el arte de Roscio y Talma.

Estos progresos los debe al trato que ha tenido con los actores de salon.

Hay dos clases de mujeres que fingen en el gran mundo: la coqueta, inaccesible á todo sentimiento tierno, y la mujer de excesiva sensibilidad.

Creo ocioso ocuparme de la coqueta; bastante conocido es el tipo.

La mujer dotada de un corazon vehemente y apasionado, está obligada á fingir.

Existen en su alma sentimientos que el hombre no concibe, y que azotaria con el látigo del ridículo si los viera asomar.

Cuando esta mujer se halla al lado de un pedante cubre su rostro con el antifaz del rigor, porque sabe muy bien que la sonrisa más indiferente la traduce él de la manera que más halaga á su necio amor propio.

¡Cuántas veces tiene que luchar una mujer para ocultar el amor que le inspira el que se lo está mintiendo!

¡Cuántas veces rechaza un amor que la haria venturosa, porque el deber se lo manda rehusar, porque su digna severidad le ordena tener en más que la vida el deber!

¡El deber, fuerte dique, muro de bronce, en el cual se estrellan sus pasiones!

Creo haberos hablado bastante de la mujer que finge en el gran mundo por coqueteria, y de la que finge por necesidad.

Réstame hablaros en conclusion, de la sacerdotisa del hogar, que finge por exquisita ternura de su organismo moral.

Finge en el hogar aquella mujer que le muestra al compañero de su vida sereno semblante, cuando tiene horrible tempestad en el corazon, y dulce sonrisa, cuando hay amargo llanto en su alma.

Esta mujer le hace soñar con la dicha, cuando ella no la ve en sus oscuros horizontes; le hace creer en la felicidad, cuando la contempla envuelta en fúnebre sudario; absorbe una copa de hiel por evitarle una sola gota; le aparta de sus áridas sendas los abrojos, presentándole las bellas flores. Le alienta, le consuela, y cuando le ve próximo á ser víctima del tedio más desconsolador, emplea sus fuerzas inagotables en poetizarle el mundo, que para ella es un erial ó tal vez un infierno.

Esparece en torno suyo un júbilo que á ella le falta, y convierte en gratas y placenteras las horas que sólo le ofrecen monotonía y languidez.

Así disfraza sus negros pensamientos con máscara de brillantes colores.

¿Puede encontrarse hipocresía más noble y generosa? ¿Qué es la mujer?

Un corazon que no se cansa de sufrir, un alma que no cesa de amar.

La mujer es un libro cuyo prólogo ha escrito Dios; como obra ~~suya~~ siempre es admirable: el epílogo lo escriben los hombres: segun el autor es el epílogo.

Estudiar á la mujer en su infancia, es estudiar la obra del Criador; estudiarla en su decrepitud, es estudiar la obra de las criaturas.

CONCEPCION GIMENO.

Madrid, 1879.